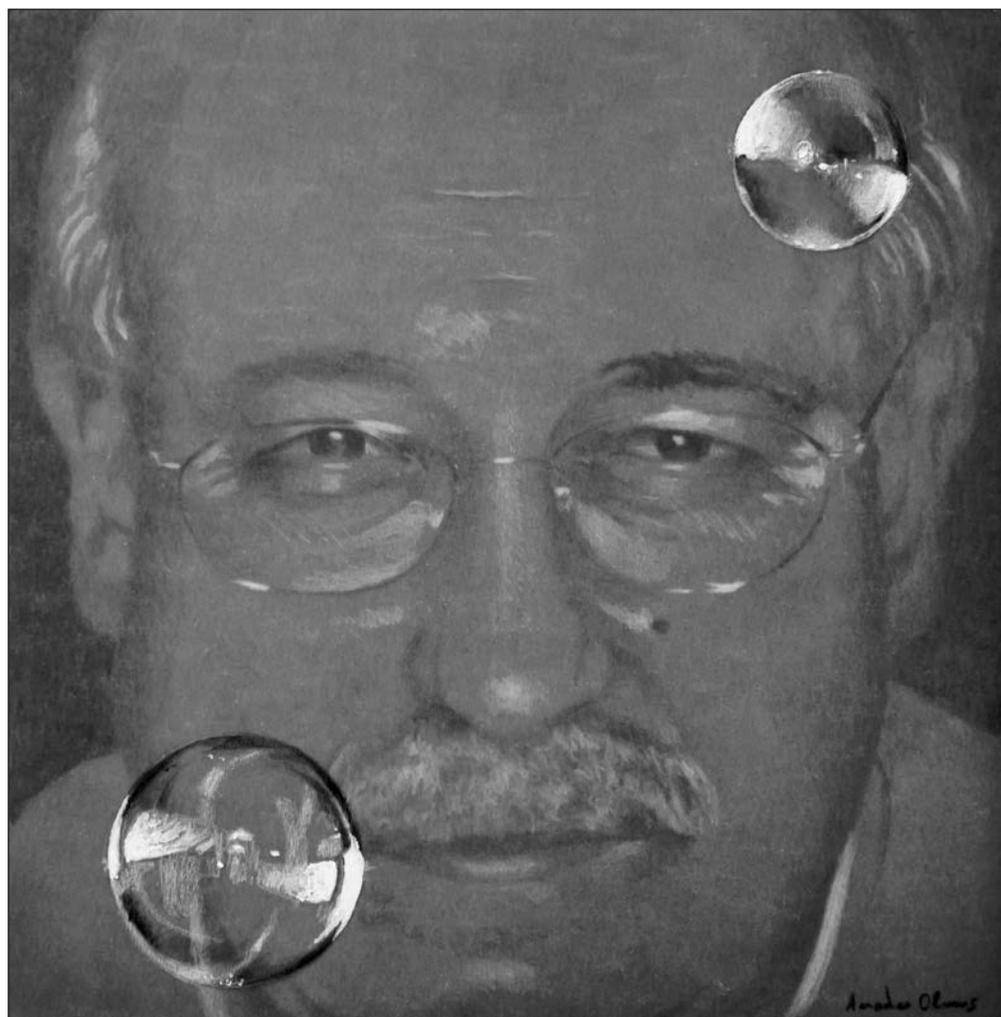


...A FAVOR DE LUIS JAVIER MORENO

(Segovia, 1945 - Segovia, 2015)

*Como para nacer, también diciembre
es un discreto mes para morir.*

Luis J. Moreno



Sin título, 2016. (Retrato de Luis Javier Moreno) por Amadeo Olmos

SUPLEMENTO DE CUADERNOS DEL MATEMÁTICO Nº 54

Edita: ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE EL MATEMÁTICO.

ISSN - 1132 - 2403

L
a
v
a
r
q
u
e
l
a

... A favor de Luis Javier Moreno (*Homenaje*):

Dibujo de portada: Amadeo Olmos

Textos en prosa de:

El Quías, José Antonio Abella, Ignacio Sanz, Óscar Esquivias, Eduardo Moga, Marifé Santiago Bolaños, Ana Rodríguez-Tenorio, Ángel Luis Prieto de Paula, Fernando Rodríguez de la Flor, Michael Mudrovic, Francisco Otero, Gustavo Martín Garzo, Angélica Tamarro.

Textos en verso de:

Ana Rossetti, Ángel Fernández Benítez, Antonio Carvajal, Esperanza Ortega, José María Castrillón, Juan Luis Calbarro, Ildefonso Rodríguez, Ezequías Blanco, Jesús Fernández Palacios, Máximo Hernández, Luis Marigómez, José Luis Puerto, Juan Manuel Rodríguez Tobal, María Ángeles Pérez López, Miguel Casado, Natalia Carbajosa, José Ramón Ripoll, Olvido García Valdés, Tomás Sánchez Santiago, Víctor M. Díez.

Pequeño álbum de fotos

Obra publicada de Luis Javier Moreno

Dibujo de contraportada: Jesús de la Torre



La carta que te debo

Querido Luisja: parece que fue ayer como sucede con la amistad profunda. Pero han pasado cuarenta y cinco años desde que nos conocimos en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca. Recordarás que fue allí donde nos hicimos inseparables los años que duraron los estudios de la carrera... ¡Qué bien nos lo pasamos! Cervezas, conferencias, vino, té, compra-manga de libros, poemas, paseos, lecturas de poemas en el Ateneo o en cualquier otro lugar, excursiones, raquetas (de comer, no de deporte, por supuesto), toda suerte de pasteles, exposiciones, visitas a Zacarías González, a Angelita y Pepe Núñez, comedor universitario, cine, anfetaminas y otras sustancias psicotrópicas (después de los exámenes, eso sí, porque nuestra religión de dos adeptos no admitía hacerlo antes)... Tú siempre tenías seis o siete años más que yo, que en esa edad se nota mucho. Escribías poemas sin parar que sacabas del macuto en bandolera y me leías con cualquier excusa. Eran versos *prolongados, generosos, casi coloquiales, sin dejar de ser rítmicos y exactos*. Yo entonces flirteaba (sin saberlo) con el surrealismo y con el expresionismo en el teatro... Eso me decías... Y con ello alimentaste mi pasión por la literatura. Te comparé con Woody Allen cuando me enseñaste tu armario hipocondríaco repleto de medicinas para todas las enfermedades reales y ficticias, presentes y futuras... Y con el Jack Nicolson del *Nido del cuco* cuando te ponías el gorro de lana para ahuyentar el frío de la calva al meterte en la cama de aquella esteparia Salamanca invernal... ¡Qué bien nos lo pasamos! ¿Y de *los martes del Quías*...? ¿Te acuerdas...? Con Carmen, Cipri, Aníbal, tú y yo (esporádicamente algunos otros como el pequeño gran hombre, simpático y bufón, de Pepito) ¿Los bautizaste tú o fue Aníbal Núñez...? *Camp de l'Arpa, Si la píldora bien supiera no la doraran por defuera, Las personas del verbo* ¿...Y de la Semana Santa que pasé en tu casa en Segovia? ¿Y de algunos días de algún verano o primavera...? Me llevaste a La Granja y a Riofrío... Me lo enseñaste todo con tanto mimo y conocimiento que no me quedó más remedio que amarlo para siempre desde entonces... Me presentaste a Carlos Sahagún y a su mujer, a Carlos Muñoz de Pablos y su mujer, a Jaime Gil (entre otros grandes)... Yo estaba como un niño con zapatos nuevos y no sentía ni el frío ni el calor que eran de órdago... ¡Qué bien nos lo pasamos! ¡Qué gusto me daba vivir tantas experiencias de la mano de un hedonista como tú, querido amigo! Te visité con Charo en Cádiz. *El mar qué cosa más aburrida... Siempre "pallá y pacá"* - decías. Recordarás que tuvimos que dormir en el coche porque habíamos olvidado tu dirección. Sabíamos la calle y el número pero no el piso ni la letra... ¡Zurbarán, Zurbarán! ...Y te esperamos a la mañana siguiente a la puerta del instituto... ¡Vaya cara de susto que pusiste! Allí, en tu casa de Cádiz, escuchamos el *Even in the Quietest Moments*... de Supertramp que acababa de salir. Nos leíste *versos herméticos, llenos de ironía de tono reticente y elusivo*... Nos presentaste a José Ramón Ripoll y a Jesús Fernández Palacios... Charo le puso una inyección a la mujer de Jesús que la calmó porque estaba "atribulaíta de dolóoo". (Ellos nunca olvidaron ese detalle. Jesús me lo recuerda cada vez que nos vemos como te lo recordaba a ti). Fuimos a escuchar a García Calvo que daba una conferencia cuyo título parecía extraído del portugués *O crecimiento o desarrollo en las ciudades modernas*... Era la tercera vez que yo la escuchaba: la primera en Salamanca, la segunda en Aranjuez, la tercera en Cádiz... Te comenté al oído: "este tío pensará que lo persigo por la geografía". Me presentaste a más gente de letras ¿Ory,

tal vez? ¿Tal vez Ana Rossetti...? En vacaciones venías a nuestra casa de Salamanca y nos encontrábamos por las calles, por otras casas y por bares con Ángel Campos, Tomás Sánchez Santiago, José Luis Matilla, José Diego, Paco Castaño, Aníbal Núñez, Paco Novelty, Domingo Báez, José Luis Puerto, etc., etc. Siempre a la sombra de tus versos *reflexivos sobre la cultura y descriptivos sobre el arte de un aire discursivo, entre filosófico y zumbón, de perfil esquivo y de ambigüedad sinuosa*. Ya había comenzado entonces mi ausencia de Salamanca y mi periplo por la geografía española: Ginebra, Madrid, Cáceres, Valencia, Aranjuez, Villacañas, Getafe... Y cambiaste mi casa por la de nuestro querido y admirado Fernando Rodríguez de la Flor con su Azucena. Nunca, sin embargo, dejamos de escribirnos, de llamarnos, de encontrarnos de forma esporádica, de intercambiar nuestras publicaciones, de saber de nuestras vidas... En Oviedo asistimos a un curso de aquellos para profesores que nos permitían huir dos o tres días de la monotonía de las clases. No te habrás olvidado de que compartimos habitación. ¡No me dejaste dormir nada, cabrito-cuchifrito, con tus ronquidos! Y después te dormías en las conferencias, a pesar de mis delicados codazos, causando estupor en el entorno... ¡Qué bien nos lo pasamos! Y cómo no te vas a acordar del reciente encuentro *La sal de la lengua*, organizado por otro querido Aníbal, Aníbal Lozano, en periplo por la provincia de Salamanca (Ciudad Rodrigo, Béjar, Peñaranda...) junto a otros poetas andaluces, castellanos, madrileños... Estabas caprichoso y celoso de amistades junto a tus excesos perpetuos... *¡Que cante la tenora...! ¡Que cante la tenora...!* – le gritabas a una cantante de ópera que había en la mesa de al lado en el comedor del Alameda Palace. Tu “hybris” le lanzaba sin parar exabruptos y alharacas salpicados con risas estentóreas, que causaban el asombro y la estupefacción en todo lo que rodeaba aquella escena. Antonio Colinas (y lo cito porque me quedaba enfrente) no sabía dónde meterse. Al día siguiente me dijiste: ¡...Qué “viejecita” estoy! Y yo: anda, anda, déjate de bobadas... Si estás como una rosa... Eso es la resaca...Y hace poco más de un año en Segovia, en el *Titirimundi...*, Paseamos... Nos sentamos en una terraza de la Plaza Mayor. Tú con un vaso de cerveza mayor que un alemán. “¡Qué mal estoy, Quías! ¡Estoy muy mal!” Y esta vez, sí. Esta vez te vi en la mirada la sinceridad absoluta... Me dio por halagarte. “Eres un poeta como la copa de un pino...” “¡Que bien nos lo hemos pasado juntos!” “Entrañable”. “Generoso”. “Inteligente”. “Honrado”. “Tierno”. “Buena gente.” (Como sucede con la amistad profunda, parece que fue ayer.) Nos dimos un abrazo sin saber que era el último. Y no dijimos más... No pudimos decir más...

Un abrazo sin olvido

El Quías

P. S. No te imaginas el dolor que tu ausencia está causando en tus amigos de verdad. Para intentar paliarlo un poco, te vamos a rendir un humilde homenaje. Te vamos a dedicar un Suplemento en *Cuadernos del matemático...* Te estoy viendo... Sé que te va a gustar...

La suerte ennoblecida

José Antonio Abella

Segovia, una tarde fría de diciembre del año 2015. La Albuera es uno de los barrios del extrarradio segoviano, crecido en torno a la colonia de casas obreras que lleva el nombre de Pascual Marín (uno de los gobernadores civiles en las décadas franquistas). El Carmen es la iglesia de este barrio. A la puerta de El Carmen, esa fría tarde de diciembre, unas pocas personas conversan en voz baja. Todas tienen el gesto compungido. Los silencios son más largos que las palabras. Alguna mira su reloj. A las siete está anunciada una misa de privilegio para rogar por el alma de uno de los convecinos de la Colonia Pascual Marín. El vecino se llama, se llamaba, Luis Javier Moreno. Y era poeta, un gran poeta.

Mientras transcurre la misa, vienen a mi recuerdo una escena y una frase de «El doctor Zhivago». *Si el pueblo ama a la poesía, ama a los poetas...*, esta es la frase. La escena de la película, ya en su parte final, se desarrolla bajo los cipreses de un cementerio, con una larga cola de personas silenciosas y cabizbajas que acuden a rendir un último homenaje al poeta amado, cuyas obras eran difíciles de encontrar porque *el Partido no las aprobaba*.

La iglesia de El Carmen, sin embargo, está medio vacía. Un aire helado y rutinario tiritita en las plegarias. Un texto litúrgico es leído malamente en el atril del evangelio. Se glosa la figura del difunto con palabras aplicables a cualquiera. Se le pide al Todopoderoso que acoja a su hijo en el *banquete celeste*. Pero ni una sola vez aflora la palabra *poesía*, o la palabra *poeta*, en boca de los oficiantes. Y ni uno solo de los escasos asistentes a la ceremonia tenemos el valor de subir las escaleras del altar para leer alguno de los poemas del aspirante al banquete celeste.

Por eso viene a mi mente la escena de «El doctor Zhivago»: *Si el pueblo ama a la poesía, ama a los poetas... Y nadie ama la poesía como un ruso*.

Por eso pienso que el frío de esta tarde del otoño segoviano no es menor que el frío de la estepa siberiana, donde los poetas son amados.

Por eso recuerdo también una lejana conversación con Luis Javier Moreno:

—Escribí tres poemas dedicados a Chicago y recibí una carta de agradecimiento por parte de la *municipalidad*—Luis Javier me precisó en aquella conversación el cargo que mi memoria no consigue ahora precisar—. A Segovia le he dedicado decenas de poemas, libros enteros... y ni las gracias.

La primera versión de uno de esos poemas dedicados a Chicago comienza con estos versos:

*En la postura vertical del hierro
Chicago es la sublime canción de los cristales*

El último de sus «Poemas de Segovia» termina diciendo:

*Ahora ya piensas sólo que una ciudad antigua
de ademanes tranquilos y notable pasado,
es con sus montes premio merecido
a cualquier sufrimiento, exiguo siempre,*

*agrandado en el ansia (cuando sucede... Poco)
de hacer notar que el tiempo daña las convicciones.*

¿Fue Segovia ese premio merecido para Luis Javier Moreno, el mejor de los poetas nacidos en esta ciudad de ademanes tranquilos y notable pasado...? No lo puedo asegurar, pero sí puedo asegurar que el tiempo no dañó la convicción de su belleza ni el amor que le tenía a su ciudad, esa misma ciudad que, en su conjunto, apenas reconoció el valor de su poesía. Así, años atrás, cuando surgió una iniciativa para proponer a Luis Javier Moreno como académico numerario de cierta institución ciudadana de renombre y prestigio locales, no logró reunir los votos suficientes... Él escribió a raíz de tal suceso uno de sus poemas más memorables, dos de cuyos versos dicen:

*Cuando llega un poeta a las ciudades,
ennoblece la suerte de las cosas más viles*

Luis Javier Moreno ennobleció la suerte de Segovia y la suerte de cuantos le conocimos. Y lo hizo con desmesura, como él era, agradeciendo lo recibido y dando gracias por lo que daba. En el prólogo a «Poemas de Segovia» escribió: *Con estos poemas quiero devolver a mi tierra algo de cuanto me ha dado: ella misma ante todo... ser uno de los sitios más hermosos del orbe, configurador de mi sensibilidad.»*

Lo que Segovia le dio, él lo devolvió con creces, sin que nadie (casi) se percatara. De nuevo recuerdo la tarde fría de diciembre, la iglesia medio vacía. Pero no quiero ser injusto o riguroso con su ciudad amada, víctima también de un tiempo que ya no *convida a los estudios nobles*. Su poesía no es fácil ni superficial, pecado imperdonable en esta era de lecturas predigeridas y con fecha de caducidad. Tampoco, además, se trata de una poesía de corto vuelo, encerrada en las fronteras de lo local.

Siento que debo terminar y no encuentro las palabras precisas. Utilizo, por ello, un certero juicio de Antonio Carvajal: *Luis Javier Moreno es una de las voces más reconocibles y, seguramente, menos reconocidas de su generación.* Tiempo va siendo de que lo reconozcamos.

José Antonio Abella

Luis Javier Moreno, el poeta desmesurado.

Ignacio Sanz

Luis Javier Moreno fue un poeta desmesurado con una vida apacible y monótona que comía y bebía sin freno. Le recuerdo en mi casa, treinta y tantos años atrás, rebanando con precisión codiciosa, valiéndose de una cucharilla, los restos de una magdalena pegados al papel. Tan lameruzón. Le imaginé muchas veces yendo al mercado de su barrio a media mañana, con sus andares lentos, acaparando botellas de cervezas especiales y gollerías sin cuento, como si fuera un niño grande y caprichoso. Tras la muerte de su madre vivía solo en una casa de cuatro alturas en un barrio de la periferia segoviana, al lado de las casas habitadas por sus hermanos y sobrinos. Trabajó como profesor de instituto, pero por problemas de salud se jubiló prematuramente. Desde sus años de juventud cultivaba la poesía y los viajes que le permitían descubrir lo más granado del espíritu, tanto en literatura, música, pintura o pensamiento. La lectura, y era lector insaciable, le ponía en contacto con los grandes poetas de todos los tiempos. Su estancia durante dos cursos en Estados Unidos le permitió conocer a los poetas norteamericanos más sobresalientes. A algunos los trató de cerca. Luis Javier Moreno era un personaje tierno, envolvente, maniático y egocéntrico al que Segovia, su ciudad, apenas le tomó en consideración. El único que me escucha es el mecánico, decía, refiriéndose al sicoanalista. Era demasiado poeta para una ciudad tan pequeña envuelta en pugnas pueblerinas e historicistas. Toda una existencia entregada en cuerpo y alma a la poesía y a sus alrededores. Tras su cuerpo grandullón, habitaba un ser vulnerable, obsesivo y contradictorio dotado de una memoria milimétrica. La poesía requiere trabajo y pocas veces otorga reconocimiento. Y más si se trata de una poesía culta que bebe en fuentes eruditas, alejada de concesiones y cuya lectura requiere mucha destreza.

La muerte le llegó en diciembre, tal como había vaticinado en uno de sus poemas. Desde entonces su presencia no ha hecho más que agrandarse para los que compartimos algunas de sus inquietudes y desasosiegos. Eso es lo curioso, que el muerto no desaparece, que nos persigue, que su sombra se agiganta. Y, los amigos, que tantas veces nos enfadábamos con él, ahora lo echamos de menos y sentimos nostalgia de sus excesos, de sus gestos apabullantes. Porque así era él, apabullante, incontento, acaparador, con sus fobias y sus filias arbitrarias. Pero, al mismo tiempo, era bonachón y confiado.

Nos vimos semanalmente durante treinta años en la Tertulia de los Martes y luego, cuando la Tertulia echó el cierre, nos seguimos viendo en los cafés y cervecerías en las que nos reuníamos. Allí, las grandes cañas o las botellas de cerveza artesana afilaban su lengua delirante. De manera que, con esos antecedentes, era normal que se convirtiera en el centro de las conversaciones hablando del miserable estado de la poesía y lamentando su abandono, extrañado del escaso peso que la poesía tenía en la vida de la gente. Pero a continuación sacaba a relucir fragmentos de poetas griegos, latinos, norteamericanos o centroeuropeos y entonces se hacía la luz a su alrededor; no sólo los había leído, los retenía en su memoria prodigiosa de manera que era una fiesta estar a su lado y escuchar el fragmento de un poema de Lowell o de una oda de Horacio, a quienes había traducido.

Además de tantas y tantas tertulias compartidas, entre semana le llamaba por teléfono con cualquier disculpa desde el taller de alfarería donde escribo. Las más de las veces para hacerle consultas técnicas. Porque lo sabía todo y él era mi diccionario de dudas. De modo que me beneficié del conocimiento transmitido por sus viejos profesores salmantinos que le mostraron los caminos siempre tortuosos de la gramática. Cuando le llamaba casi siempre sonaba al fondo alguno de los miles de discos de música clásica que almacenaba en su casa de cuatro alturas convertida en una biblioteca caótica. Una vez que me invitaron a dar una charla en Orán, me dijo que tenía un libro que me vendría pintiparado para el empeño. Y, generoso, anunció que me lo prestaría. Y me lo prestó, aunque tardó tres semanas en encontrarlo en medio de aquella montaña volcánica de libros.

A veces pienso en Luis Javier como un personaje de ficción escapado de una novela diti-rámica; también pienso en él como un cultivador tenaz de huertos poéticos. Vivía por y para la poesía. De manera casi patológica, aunque llevara veinte años diciendo que ya había concluido su obra, que todo lo más que hacía era corregir los manuscritos que amontonaba en carpetas. Pero no estaba condenado a leer y escribir. Leer, escribir, visitar museos y exposiciones, también visitar de cuando en cuando los estudios de sus amigos pintores a los que tan a menudo presentó en los catálogos de sus exposiciones. Y La Granja, los jardines de La Granja y su Palacio. Y el Palacio de Riofrío cuyos cuadros conocía al dedillo. Qué lección catedrática nos dio una mañana de invierno a Martín Garzo y a mí.

Se cruza en mis recuerdos la exuberancia puntillosa con la que trataba los asuntos. De ahí su estilo recargado de paréntesis y de guiones que tantas veces le reproché. Para matizar, se justificaba. Escribió sobre todo poesía y diarios. En los diarios aparecían sus obsesiones poéticas y sus reflexiones sobre los poetas de cabecera. A los poetas menores que a veces acudían a buscar su calor, los apuntillaba con un comentario malévolos. Pero alentaba a los jóvenes que apuntaban maneras, especialmente a David Hernández Sevillano. Sus poemas breves y afilados actúan como una explosión de luz y resumen el resplandor irónico de su obra. Ese es ahora nuestro consuelo. Su obra. Pero también su vida. Los amigos podríamos estar relatando sus excesos haciendo un recorrido por cada uno de los lugares en los que dejó una huella con su anecdotario insuperable. Como aquella vez que, en el comedor del bar Las Arquetas donde nos reuníamos entonces, se bajó los pantalones en cuanto que llegó el novelista y médico José Antonio Abella, al que, ansioso como estaba, entregó de inmediato los trastos de pinchar para que le pusiera la inyección que le habían prescrito. Y allí estuvo, impaciente, con el culo al aire durante dos o tres minutos, mientras le abroncaba por su lentitud en los preparativos. Era un niño grandullón, colérico a ratos, a ratos tierno. Y le aceptabas o le rechazabas. Solterón caprichoso y obsesivo escritor de cartas, no solo a los amigos lejanos, también a los amigos con los que se veía semanalmente y a los que, de cuando en cuando, les reclamaba la carta que le debían; tenía un oído cultivado para los heptasílabos y los endecasílabos. Un poeta gigante e inclasificable, un ciudadano excesivo y extravagante que rompía los moldes convencionales. Por eso escribimos sobre él, porque ahora que lo hemos perdido, solo con la escritura podemos superar la orfandad en la que nos ha dejado sumidos.

Ignacio Sanz

Apuntes para un retrato de Luis Javier Moreno

Óscar Esquivias

ALuis Javier le gustaba que los hoteles tuvieran papel timbrado para escribir a los amigos. Le gustaba desayunar en el patinillo de su casa. Coleccionaba marcapáginas. Le gustaba la cerveza (siempre en jarra). Ponía motes a los amigos y a los enemigos y hasta a sus enfermedades (su artrosis era la «desastrosis»). Le gustaba sentarse en la terraza del bar Ave Turuta, en la plaza Mayor de Segovia. Le gustaban las sinfonías de Bruckner. Le gustaban los refranes y las frases sonoras que había aprendido de su abuela o en Cádiz («No se puede tener la cuba llena y la suegra borracha», «Es tan tacaño que no da ni el meao pa medicina», «Sucedió como en la boda de Andrés, que ni faltó, ni sobró, ni hubo bastante», «Al que Dios le hace maricón, del cielo le llueven pollas», «Eso es mucho arroz para tan poco pollo»...). Si Luis Javier hubiera podido charlar durante una hora con un personaje histórico, habría escogido a Descartes. Le gustaban los restaurantes chinos, los rollitos de primavera, el sake. Le gustaba el agua de Segovia («buena para el estómago y mala para los dientes, por eso en Segovia hay tantos dentistas»). Le gustaban Vermeer, Van Eyck y Rubens. Le gustaban las vidrieras. Le gustaban los autorretratos de pintores. Le gustaba Cádiz, el valle del río Hudson, Aarhus, Estocolmo, la comarca de Sasamón. Prefería las sinfonías de Schubert a sus lieder (que le parecían «canciones de boy scouts»). Leyó tres veces el *Doktor Faustus* de Thomas Mann. Le gustaban los gorriones y los zorros. Le gustaba contar chistes. Le gustaban los artesanados. Le gustaban Durero, Giotto, Fra Angelico, Caravaggio o Miró. Usaba colonia de lavanda inglesa. Le gustaban las misas de réquiem, especialmente las de Guerrero, Victoria, Perosi y, más que ninguna, la de Mozart. Le entusiasmaba Picasso. Le gustaba la cadena de bares Cien Montaditos. Le gustaban el monasterio de Silos, el de San Pedro de Cardeña, las Huelgas y la cartuja de Miraflores. Le gustaba Antonio Machado («Don Antonio», le llamaba). Le gustaban las tormentas con truenos y relámpagos. Apreciaba mucho la cultura judía. Le gustaban las fotografías de Ansel Adams. Le gustaba santa Teresa de Jesús. Le gustaba la sonata a Kreutzer de Beethoven. Le gustaba el busto de Nefertiti de Berlín (y estaba satisfecho del poema que le dedicó). Admiraba a Saul Bellow. Le gustaba leer biografías y memorias (pero no tanto novelas, los últimos años sólo leía las de los amigos). Un compositor puso música a su poema «Oficio en la tiniebla», pero Luis Javier nunca llegó a escuchar la obra. Le gustaba John Cheever. Le gustaba la Granja de San Ildefonso, el monasterio del Parral, las iglesias y palacios de Segovia, el alcázar. Le gustaba visitar a los amigos y recibirlos en su casa. Comía pipas de girasol mientras veía la televisión. Citaba mucho la distinción que hacía Pla entre «amics, coneguts i saludats». Cuando llegaba el otoño se acordaba de Fray Luis de León y sus «estudios nobles». Le gustaba Patinir. Le gustaba la música medieval. Le gustaba Chesterton. Todos los días compraba varios periódicos. Le gustaba fotografiar y ser fotografiado. Le gustaba Brancusi y le dedicó un poema que luego extravió. Le gustaba Robert Lowell y repetía mucho una cita suya: «Un poema es un acontecimiento, no la descripción de un acontecimiento». También le gustaba la réplica de Mallarmé a Degas: «La poesía, querido amigo, se hace con palabras, no con ideas». Le gustaban los mapas (aunque decía que en ellos rondaba la muerte). Le gustaban los hoteles: en Florencia se alojaba frente a Santa Maria Novella e iba todos los días, a primera hora de la mañana, a ver el crucificado de Brunelleschi. Le gustaba echarse la siesta. Le gustaba el románico catalán y los valles pirenaicos. Le entusiasmaba la *Asunción* de Tiziano en I Frari de Venecia. Le gustaba

Madame de Sévigné (y la invocaba como patrona laica de la correspondencia). Le gustaba el Greco. Le gustaban las esculturas de Juan de Juni y Alonso de Berruguete. Le gustaban los músicos barrocos alemanes, especialmente Bach. Le gustaba el petirrojo de Emily Dickinson y el mirlo fiel de Juan Ramón. Se divertía mucho leyendo la biografía del doctor Johnson de James Boswell. Le gustaban Freud y sus teorías. Le entusiasmaba la sonata *El trino del diablo* de Tartini. Le gustaba el monasterio de El Escorial (y el cristo de Cellini). Le gustaba la pintura japonesa. Le gustaba María Zambrano, aunque no la consideraba filósofa. Le gustaban las películas de Bergman, de Orson Welles, de Stanley Kubrick. Le deslumbró la pintura de Wyeth. Le gustaban pintores nórdicos como Hammershoi y Eugène Jansson. Su último viaje fue a Bilbao, un mes antes de morir. Se hospedó en el hotel Sirimiri, en la plaza de la Encarnación. Allí volvió a escribir versos después de dos años sin hacerlo y fue muy feliz.

A Luis Javier no le gustaba la *Gioconda*, no le gustaba Botticelli (ese «ilustrador de tebeos»), ni la capilla Sixtina; consideraba a Miguel Ángel un «pintor de muñeques». Odiaba a los impresionistas («es la pintura que les gusta a los que no entienden de pintura», decía, citando a Zacarías González). No le gustaban mucho los perros ni los niños. A los franceses les reprochaba su chauvinismo: «De todas las cosas que les digas, tienen dos: una igual y otra mejor»). No le gustaban los restaurantes indios («comederos indios», los llamaba). No perdonaba que alguien no le respondiera una carta y eso era motivo para romper amistades con ciertas personas. Consideraba que casi todos los que hacían antologías poéticas elegían a los participantes por amiguismo o no tenían criterio y se guiaban por el capricho (por eso, las llamaba «antojolías»). No le gustaban las palmeras. Sentía una repulsión absoluta por todo lo que tuviera que ver con el nazismo. No le gustaba el arte africano. No le gustaba el invierno, pero adoraba los paisajes nevados. No le gustaban las erratas en los libros, pero era incapaz de descubrir las propias hasta que sus textos ya estaban publicados (sus libros están infestados). No le gustaba el réquiem de Verdi («No pasa de ser una ópera más y no de las mejores, con mucho bombo y platillo»). No le gustaba oír música en salas de concierto («¡Como en casa, la música en ningún sitio!»). Le horrorizaba la política israelí en Palestina. No simpatizaba con Nabokov y no le gustaban los poetas polacos (llamaba «la Archimbolda» a Wisława Szymborska). No le gustaban los haikus («estrofa-fraude», decía) y escribió un poema contra ellos. No le caía bien Ortega y Gasset. No le gustaba Joseph Brodsky. No le gustaba Goethe. No terminó de leer *Opus nigrum* de Marguerite Yourcenar. No le gustaba Karen Blixen. No le gustaban los poetas de la generación beat (pero decía que eran hombres muy atractivos), salvo Ginsberg (del que decía que era buen poeta, pero «feo como un oso»). No le gustaban los desiertos. En sus pesadillas, de una manera u otra, el agua siempre estaba presente: los sueños «raros» solían anunciar sus depresiones. No le gustaba la poesía portuguesa, ni siquiera la de Pessoa (salvo su poema *Tabaquería*). No le gustaba el sushi, pero sí la cerveza japonesa. No le gustaban los pintores prerrafaelitas ni, en general, la pintura inglesa (con la excepción de Turner). Aborrecía la ópera y el jazz. No le gustaba que los invitados de la Tertulia de los Martes no se quedaran a cenar: «A esos no habría que invitarlos». Creía que todos los pintores que se instalaban en París (salvo Picasso) sufrían una merma en su talento. No le gustaban los textos de crítica literaria de Cernuda. No le gustaba que nadie le tratara de «caballero» (prefería que le llamaran «señor»). Decía que no sabía cantar, pero lo hacía muy bien y le gustaba entonar el pasodoble de Sorozábal: «Hace tiempo que vengo al taller y no sé a qué vengo».

Más o menos, así era Luis Javier.

Óscar Esquivias

Luis Javier Moreno, el hedonista triste

Eduardo Moga

Supe en Londres, por la prensa —Ignacio Sanz firmaba su obituario en El País—, que había muerto Luis Javier Moreno. Su nombre quizá no diga mucho a los lectores de poesía, pero, para los que lo conocimos, era sinónimo de bonhomía, honradez e inteligencia. Yo tuve esa suerte —conocerlo— hace muchos años ya, gracias a nuestra común amistad con otro gran poeta y ser humano, Tomás Sánchez Santiago. Los dos eran compadres de antiguo y Tomás quiso que yo también participase de aquella hermandad. Y así lo hice. Visité a Luisja —así le llamaban los más próximos y me atrevo a llamarlo yo también— en Segovia y paseé con él por la hermosa y acuedúctica ciudad. O, mejor, él me paseó: me llevó a varias tabernas, a cuál más inmunda, pero todas con excelentes boquerones y morapios ultramontanos —aunque Luisja prefería la cerveza, que trasegaba sin fin—; me asomé a plazuelas y rincones inverosímiles; y me llenó los oídos de una palabra humeante y fraternal, salpicada de risotadas que lindaban, paradójicamente, con la sonrisa, o que tenían la calidad de la sonrisa. También recuerdo a dónde no me llevó: a la catedral, en la que había que pagar para entrar. “Es que darles dinero a los curas...”, especificó, sin llegar a especificar. No pude por menos que aplaudir su resolución, que debía de causarle algún sufrimiento, teniendo en cuenta su pasión por el arte —Luisja era un apasionado de la pintura y sabía, como me dijo una vez, cuánto agradecían los pintores que alguien escribiese cosas cuidadosas, con sentido, sobre lo que hacían—, aunque confieso que no me habría importado ver el templo por dentro. Durante algún tiempo nos estuvimos carteando e intercambiando libros: sus misivas eran siempre irónicas y afables, aunque, de nuevo, destacaban también por lo que no eran: cajas de resonancia del yo. Luis Javier mantenía su ego, ese monstruo peludo con el que hemos de convivir todos los escritores, razonablemente domesticado, algo muy meritorio. Él era expansivo y a veces grandilocuente, pero su extroversión nunca oprimía a los allegados; por el contrario, los sosegaba y divertía. Le gustaba beber, comer y conversar, y su cultura poética estaba a la misma altura que su afición gastronómica. Parecía animado siempre —pese a sus más recientes tristezas, vinculadas con la enfermedad y el declive físico— por una *joie de vivre* muy castellana, aunque esto parezca una contradicción. Pero sí: Luis Javier Moreno era depositario de una alegría raigal, vinculada a la tierra y a los placeres elementales, pero imbuida asimismo de un goce contagioso por la palabra, de una satisfacción contenida pero honda por estar vivo. Como poeta, escribió mucho y publicó no poco, pero, a pesar de que algunos de sus libros ganaron premios importantes —como el Rafael Alberti, el Jaime Gil de Biedma, en su primera edición, y el Antonio Machado— y aparecieron en las mejores colecciones —*El final de la contemplación*, en Visor, en 1992; *Cuaderno de campo*, en Hiperión, en 1996; y *Figuras de la fábula*, también en Hiperión, en 2012—, nunca alcanzó un predicamento mayoritario: su poesía se movía en un ámbito lateral, a veces subterráneo; pese a sus rotundidades, Luis Javier conservaba un perfil esquivo, una ambigüedad sinuosa, una oblicuidad provincial. Entre sus numerosas publicaciones, yo conservo algunas con especial cariño, como los dos títulos que publicó en la mítica Balneario Ediciones: *Época de inventario* (1979) y *En tierra* (1983). El primero lo encontré en una conocida librería de viejo

del barrio de Gracia, de Barcelona, cuyo dueño tenía (y sigue teniendo: lo digo para general conocimiento de la grey poética y, en particular, de quienes se complacen en regalarle libros, pensando con que los conservará como bienes preciados) la aborrecible costumbre de vender las obras que los poetas le habían dedicado personalmente sin tener siquiera la misericordia de arrancarles las páginas de respeto con los autógrafos; el segundo, saldado en otra librería, largamente extinguida ya, del Portal de l'Àngel de Barcelona, con otros títulos de la misma colección. Conservo con gusto también el cuadernito de “La Borrachería” que le publicaron otros amigos comunes, como mis queridos Máximo Hernández y Juan Luis Calbarro, en 1997, y que tiene el encanto de lo modesto y lo próximo, de la cálida artesanía de los compañeros. Y muchos más libros, como *Poemas de Segovia*, un compendio de poemas sobre la ciudad en la que había nacido, en 1946 —cuando protesté por la levedad de algunos sitios en los que había publicado, zanjó: “Pero es obra publicada, y eso es lo que importa”—; *324 poemas breves* (1965-1985), compuesto enteramente por composiciones de menos de 10 versos; *Rápida plata* y su traducción al portugués; *Rota*, sobre la ciudad de Cádiz, en la que había sido profesor de bachillerato; y una voluminosa *Segunda antología* (1967-2007), que da cuenta de una obra que se extiende a lo largo de 40 años. Hay que recordar que Luis Javier Moreno fue también prosista y traductor. Su estancia de dos años en Iowa, como becario Fulbright, a mediados de los 80, le permitió conocer el inglés lo bastante como para firmar excelentes versiones de Robert Lowell y Theodore Roethke. Llevaba tiempo sin saber de Luis Javier: ver su nombre en las necrológicas del periódico fue como recuperar de golpe a un viejo amigo, para simultáneamente perderlo: recordarlo para que ya solo sea recuerdo. Pero recuerdo vivo, ambulante, risueño, sensato, cordial: todo lo que eran Luis Javier Moreno y su poesía.

Transcribo ahora uno de sus poemas breves, que me parece especialmente adecuado en estas circunstancias:

Contra la realidad

Debería pensar para darme sosiego
que todo se termina, que así es todo,
que tras de la cosecha de la fruta
el otoño despoja y anticipa
la desnudez perfecta del invierno,
que no es en sí un final, sino un principio,
el bello invierno de la luz exacta,
del frío que devuelve su contorno a las cosa.

Eduardo Moga

...De pasar de una sala hasta otra sala... (Trece maneras de mirar a Luis Javier Moreno)

Marifé Santiago Bolaños

I

...es que llega a casa el número 23 de la Revista de Poesía "*Piedra del molino*", y yo busco el poema con el que participo, pero me detengo justo una página antes –página 19: "Vocalissimus", Luis Javier Moreno (Segovia, 1946)-...

Qué sensación extraña, mi querido Poeta, la de leerte sin que haya fecha de partida en el espacio que se reserva para dar cuenta de quiénes somos. Un regalo, entonces, encontrarte en lo fortuito de ese andén donde las estaciones permiten oírte hablar con Wallace Stevens (ha sido tu opción, te agradezco que me abras la puerta). Te diriges a él llamándolo "Wallace", son muchos los versos que habéis frecuentado, las palabras mutuas, es cierto. Si él preguntaba "Al viento rugidor", a Vocalissimus: "qué sílabas persigues, en la anchura del sueño" (años veinte del novecientos; su libro, *Harmonium*), tú retas con inteligente ironía. De acuerdo, admitamos que Frogs eat Butterflies, y Snakes eat Hogs, y Hogs eat Snakes; mas lo cierto es que Los Hombres comen Cerdo... Sí, le dices: "en las cuatro estaciones de la vida y el año".

II

Entonces el viento rugidor nombra recuerdos, y tus poemas de escaleras hacia la luz están llenos de hierbas persistentes velando las orillas de las páginas leídas. El viento, ya ves, deshoja tu poema y por mucha prisa que me doy los versos, tus versos, se desparraman por el suelo de la memoria. Me apresuro a recogerlos, es ocioso intentarlo, te ríes:

...(Vocalissimus)...

...el viento no articula voces...

...primicia de los ritos...

...por inexactitud de los condicionantes...

...con fruición delicada (Vocalissimus)...

III

Trataba de saber qué sílabas estabas persiguiendo tú, pero te pierdes en los arcos del Acueducto y de las preposiciones. Cada día son más los lugares que esperan tu mano para cruzar al otro lado sin mojarse los pies en las aguas del Río del Olvido. Y están, claro, los pájaros: al menos Wallace te hablaba de trece maneras de mirar a un mirlo. No sé si he llegado a apuntarlas todas y a colocarlas en la página 19 de esta revista póstuma para ti. Hago inventario antes de continuar, ¿te parece?

IV

Mirar a un mirlo es mirarte a ti, Poeta:

1. Te gustaban los trenes porque obligan a atravesar el “paisaje de la vida” con pereza
2. Amabas el sur del mar, y la sal que convierte sus aguas en huerto para las gaviotas (“CARGADO VOY de bosques extirpados/ y de torres heridas y ciudades deshechas...” *Rota*, Segovia, 10.6.2004)
3. “Para Marifé (una de mis mejores lectoras) estos poemas de ayer sobre hoy (Segovia, 31.8.04)”, Querida Marifé: he recibido tu carta –acuse-recibo (o algo así) de mi *Rota*. Agradezco tu atención hacia ese texto q. es la crónica particular de uno de los peores trances de mi vida, [...]. Ahora me he jurado a mí mismo no volver a mirarlo más...
4. París-alegoría no necesita versos/ que describan sus ojos de lechuza
5. Yo sé que van contigo estos paisajes /de Segovia, vacías dimensiones /sobre el crudo nivel de los inviernos... / La música callada, la soledad sonora
6. Emily Dickinson, Horacio, François Villon, Celan, Aníbal Núñez, San Juan de la Cruz, Kafka, Proust, Rilke, Lowell, Pound, Cummings... Espera, espera, Luis Javier...
7. “Vivía en el lugar de la ciudad /donde la vida palpitaba:/ los sitios del comercio, la plaza del mercado,/ de los tratos de amor y las peleas/ que alguna vez acaban en la muerte...” Espera...
8. “Estos *Poemas de Segovia* son para Marifé Santiago Bolaños, amiga y casi paisana, que (vista y vivida) ya posee la ciudad”, Segovia, 1.1.2002
9. Espera, espera, Luis Javier... Los mirlos...
10. “...Los jardines con miedo de acabarse...”, “...El vuelo de un jilguero ocupa el sitio...”
11. “...La vida cotidiana del perfil de los árboles...”
12. “...Es invierno en el tiempo y en los cuadros...”
13. Maneras de mirarte: están en el pico naranja de los mirlos, en las distancias de tus sueños. Cierro los ojos para que no se pierdan las líneas frágiles que el tiempo ha ido abandonando en la ciudad, que la lluvia habrá de beber, que la inverosímil razón de las cosas que los poemas protegen habrá de pasar a una sala extrema, donde los seres humanos ni siquiera saben qué están aguardando... Vocalissimus.

V

...es que llega a casa el número 23 de la Revista de Poesía “*Piedra del molino*”, y yo busco el poema con el que participo, pero me detengo justo una página antes –página 19: “Vocalissimus”, Luis Javier Moreno (Segovia, 1946)-... Y no quiero añadir que 2015, y decido tomar tus libros de las estanterías. Tomarlos, como se toma un tren, amigo mío. Leerte, para que sigas aquí. Leerte.

El Espinar, en enero de 2016
Marifé Santiago Bolaños

¿Cómo volver a Segovia sin Luis?

Ana Rodríguez-Tenorio

¿Cómo volver a Segovia sin Luis? No dejo de preguntármelo desde que una voz sollozante a través del teléfono nos daba la triste noticia, lamentablemente esperada, de que ya no recorreremos nunca más su hermosa ciudad de la mano y con los ojos del querido, querido amigo. Sus lazos con Cádiz, desde donde escribo, se forjaron en el curso 1976-77 durante el que impartió clases en el Instituto Columela. Fue para él una experiencia agridulce que refleja en su poemario *Rota*, pero gracias a la cual, paradojas del destino, algunos gaditanos tuvimos la suerte de contar desde entonces con su cálida y provechosa amistad. Cádiz fue, también desde entonces, un tema recurrente en el universo literario de Luis Javier Moreno y destino obligado durante tantos años en los que nos hemos estado intercambiando las respectivas visitas anuales. Luis bautizó a Cádiz con el nombre de Cidaria en una novela que se traía entre manos y en la que los amigos gaditanos, con los nombres ligeramente cambiados, deambulan como personajes: en esa ficción yo soy Mariana, directora de un museo, y Luis, desde que me “creó” dejó de llamarme por mi nombre verdadero y me convertí en “Marianita”. En Cádiz obtuvo con su poemario *Última argucia de la razón práctica*, en 1988, el Premio Internacional Rafael Alberti, que le concedió un jurado presidido por José Hierro. Su estrecha relación con esta ciudad marítima y su entorno queda reflejada en buena parte de sus libros de poemas y de sus diarios, en esa obra lamentablemente truncada antes de tiempo.

Una obra en la que también ocupa un lugar destacado su labor como traductor, en la que lo mismo se atrevió con la críptica poesía del atormentado autor norteamericano Robert Lowell que con las *Odas* del poeta romano Horacio. Un trabajo este último en el que Luis Javier Moreno consigue acercar la poesía horaciana al lector actual sin traicionar el texto original, con una destreza de la que sólo los buenos conocedores del oficio son capaces. Como muestra, vayan estos versos *A favor de los campos y contra el lujo de las construcciones*, en los que dice Horacio a través de Luis: “Con tanta construcción, soberbias moles,/ pronto nos faltará terreno de labranza.../No fue esto lo prescrito por Catón ni por Rómulo/ ni lo que hicieron nuestros ascendientes:/ ellos tenían villas más pequeñas/ y posesiones públicas más grandes;/ ningún particular se hacía pórticos/ y la ley protegía prado y pasto./ Sólo a los templos y edificios públicos/ se dedicaban mármoles y piedras”.

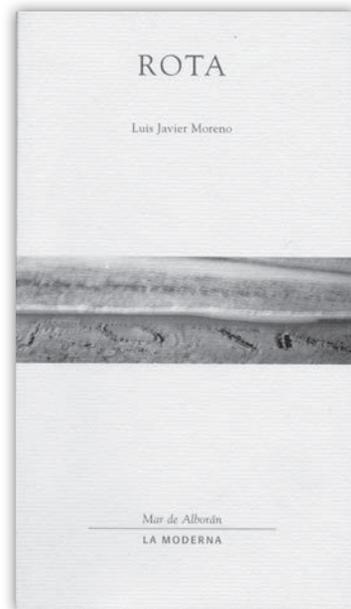
Y es que pocos poetas, pocas personas he conocido que hayan sabido conjugar como hacía Luis Javier la supuesta distancia entre los espacios y los tiempos. Gran amante y profundo conocedor no sólo de la literatura y los escritores, sino del arte en sus más variadas facetas -especialmente de la pintura, de la historia y de la música, a excepción del jazz que no le gustaba nada y al que se refería despectivamente pronunciándolo con la “j” en español-, Luis incorporaba con la mayor naturalidad sus vastos conocimientos sobre tan variados temas no sólo a su obra literaria sino a su vida y a sus conversaciones cotidianas. En ellas, mientras saboreaba las excelencias de un buen cordero regado con vino Verdejo y bromeaba sobre las circunstancias del pobre corderillo condenado al sacrificio, lo mismo hacía asomar una cita de Kant o Descartes, de Faulkner o Catulo, que una reflexión sobre la pintura de Picasso o Vermeer, o

una contundente sentencia del refranero castellano, que se conocía al dedillo y sabía aplicar a cualquier circunstancia con un encomiable acierto.

Todo ello salpicado por su buen humor, su amor a la risa, que acompañaban siempre a esa ironía descreída, esa cierta acidez no exenta de ternura y ese pesimismo que caracterizan también su obra poética. Porque hablar de la poesía, de la obra de Luis Javier Moreno es hablar de él mismo en carne y hueso. Su existencia, la literatura y ese saber con el que salpicaba lo mismo una conversación trivial que un hermoso poema, forman un todo difícil de disolver para separar al autor del hombre.

Pasear con Luis por Segovia, viajar con él y conocer una nueva ciudad, visitar un museo o una catedral, deambular por un bosque en su compañía, verlos a través de sus ojos, es uno de los placeres más enriquecedores del que hemos tenido la suerte de disfrutar sus amigos. Memorables esos recorridos por las calles y monumentos segovianos, en los que tenías la sensación de haber retrocedido en el tiempo, pues Luis trufaba el relato de las diversas peripecias históricas con leyendas y anécdotas que contaba como si él mismo hubiera sido testigo, hacía sólo unos días, de los sucesos ocurridos hace siglos, refiriéndose a éstos y a sus protagonistas con una condescendiente familiaridad, a menudo irónica y burlona. La Judería, el Alcázar, el Torreón de Lozoya, la Catedral, las iglesias de San Martín y San Millán, el Monasterio de Santo Domingo, el Parral, el paseo junto al Eresma camino del Convento de San Juan de la Cruz, la tremenda granizada que nos sorprendió mientras visitábamos su tumba y que inmediatamente Luis identificó como una señal del santo patrón.... tantas y tantas experiencias gozosas compartidas que ya siempre llevarán su nombre, como dicen sus versos: “mi nombre, perdido en las estelas, perdura sobre el viento y las canciones”.

Ana Rodríguez-Tenorio



Con Luis Javier Moreno¹

Ángel Luis Prieto de Paula

Ha llovido mucho, pese a la pertinaz sequía de antaño y al cambio climático de hogaño, desde los tiempos en que conocí a Luis Javier Moreno, por aquel entonces —aún no mediada la década del setenta— un estudiante algo tardío en las aulas salmanticenses. Algo tardío, pero imposible de confundir con aquellos sempiternos estudiantones de profesión, tunantes de la tuna o émulos de Félix de Montemar, el antonomásico “estudiante de Salamanca”. Él no tenía que ver ni con unos, pues ya era persona circumspecta y ajena a rondas y algarabías, ni con otros, pues nada en él recordaba el titanismo demoniaco del esproncediano Don Félix.

Cuando Luis Javier andaba por los últimos cursos de Filología Románica, solía vérselo en compañía del poeta Aníbal Núñez. Licenciado desde hacía unos años, Aníbal se las había con sus primeros (aún no sabíamos que también últimos) escauceos con la enseñanza oficial, a la que renunció enseguida para constituirse definitivamente en el urbano *flâneur* cuyo extrañamiento baudeleriano le permitía vivir entre la colectividad sin sentirse absorbido por sus pautas gregarias. Por esas calendas, me habló con unción de devoto de la poesía de su amigo. No ha sido un lapsus: he dicho unción de devoto. Y aunque quien lo frecuentó supondrá que lo de la devoción de Aníbal es solo un desahogo retórico mío, así es como lo percibí. De modo que mi primer acercamiento a la poesía de Luis Javier estuvo condicionado por la admiración de Aníbal Núñez. Lo cual no quiere decir que me conformara con asumir valoraciones, después de todo, no mías; al contrario: quise ver por mí mismo qué pasiones podían convocar los versos de alguien cuya placidez de trato lo alejaba de malditismos y llamamientos abismáticos, vinculados a un concepto de poeta que requería llevar una vida *ejemplar*.

No tardé mucho en averiguarlo, al leer su cuaderno *Diecisiete poemas* (1978), que, en lo neutro de su título, parecía homenajear al volumen *29 poemas* con que años atrás Aníbal se había presentado —al alimón con Ángel Sánchez— en sociedad literaria. Luis Javier Moreno, que comenzó a publicar cuando había dejado atrás la edad en que es legítimo creerse o querer ser Rimbaud, se situó desde sus inicios en esa zona difusa que separa al poeta público del que solo por ciertos indicios vagos intuimos que es artista. Y no creo que tal cosa se deba principalmente a una supuesta voluntad de apartamiento concretada en el retiro de Segovia, la ciudad de donde había salido y a la que regresó convertido en una especie de azoriniano *caballero inactual*, amarrado al duro banco de las clases; pero volcado por vocación y espíritu a la lectura, a la contemplación de su ciudad, a las incitaciones de los frecuentes viajes, a los senderos divagantes de la conversación, siguiendo en general los dictados de Horacio en el arte y en la vida con una fidelidad que se refleja en sus excelentes versiones del venusino. En todo caso, esa referida voluntad de apartamiento no implicaría por su parte rechazo de la difusión de su poesía; solo de la suplantación de esta por la espuma, tantas veces sucia, de la vida literaria. Debido a ello, aunque no sé si solo a ello, la obra de nuestro autor ha debido soportar el silencio inhóspito de quienes no captan la singularidad de una voz tan auténtica, sin la guarición de premios y convocatorias sociales, poco amiga de la ostentación y la charlatanería, despegada del sentido de la oportunidad, la conveniencia o la connivencia.

1 Extracto del prólogo a Luis Javier Moreno, *Segunda antología (1967-2007)*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2010.

Como no se precipitó en publicar las tempranas destilaciones de su ingenio, es inútil buscar en su poesía los estigmas del aprendizaje. En sus compases iniciales sorprende ya el equilibrio entre emoción y distanciamiento, el tino con que sortea la amenaza del patetismo, la digresión ocasional que reduce obviedades semánticas, el tono en que confluyen cavilaciones ensayísticas y alambicamientos enigmáticos, siempre lejos del raptó dionisiaco y del atolondramiento extático. Por lo demás, todo queda recogido en el cauce de unos endecasílabos y alejandrinos impecables, pero nunca escayolados métricamente con el *rigor mortis* de la escansión previsible.

El universo de Luis Javier Moreno no se ha afinado en la oposición entre vida y cultura, sino en una suerte de *experiencia cultural*. Y aunque a algunos nos escandalice la afirmación de Borges, quien, nos vino a decir, no podía imaginar un mundo sin libros, por oposición implícita a quienes no podían imaginarlo sin pájaros o sin agua, la escritura de Luis Javier Moreno está poblada de libros, ciudades, jardines, obras de arte. El autor pasa sin solución de continuidad de unas estancias del arte a otras, y se recrea especialmente en la pintura, pues sus ojos están más dados a la contemplación simultaneísta de las bellezas del mundo que al discurso de las palabras resbalando, como en un reloj de arena, con un fruir elegíaco. Pero en él están vedadas las humedades melancólicas, si no es tamizadas por gasas y cedazos del arte, correlato al cabo de las existenciales conchas de galápagó con que otros resisten ante los embates de lo groseramente explícito. Pues sospecho que el poeta no alza la voz para decir bellamente lo que ya sabía antes de coger la pluma, o lo que sabíamos sus lectores, sino para dibujar el cuello de cisne donde vio Rubén el signo de una interrogación: esa que, al traducir nuestra —su— perplejidad, nos deja mano en mejilla, la misma postura en que suponemos fue pergeñando sus versos refrenados, distantes, perturbadores y luminosos.

Ángel Luis Prieto de Paula



Conversación suspendida

Fernando R. de la Flor

Luis Javier Moreno era un fanático de la conversación. Creía profunda, rabiosamente en las virtudes autoafirmantes del diálogo, y aun en las del monólogo. Era a su través como él mismo interpretaba que su personalidad se definía acerándose, haciéndose aguda, mayormente puesta en contra de opiniones recibidas o simplemente “sensatas”. Colocarse en situación de hablar, de discutir, era algo para lo que estaba siempre preparado, eminentemente (pre)dispuesto. Tomaba al asalto la cátedra –si la hubiera– y, cuando no, ocupaba en el espacio un lugar central, suyo: lugar propiamente “construido”, pues –en tanto lector que era de Cervantes– bien sabía que, para quienes son como quijotes, la cabecera de la mesa estaría siempre donde él mismo tuviera a bien situarla, apropiándose con violencia simbólica (y, según se recuerda, incluso con modales ciertamente no ortodoxos) de ella.

Esa “conversación” –que era uno de los medios más poderosos que Luis Javier Moreno tenía para proyectar y poner a prueba su personalidad desbordada– ha quedado suspendida por orden del tiempo, destructor siempre de todo lo establecido y proveído por nosotros, los pobres hombres.

Durante años sostuve esa conversación con Luis Javier Moreno, y aguanté como pude sus grandes mandobles dialécticos que propinó, a lo Falstaff (pero yo no soy un Henry) a algunas de mis más queridas convicciones.

Rastros de aquellas situaciones dilemáticas que viví con LJM, se pueden encontrar en hasta tres prólogos que concebí, y le impuse, a sendas ediciones de obras suyas. Los recuerdo aquí, porque en ellos se encuentra mi impresión más elaborada sobre la escritura del poeta. Son estos:

“Quicksilver”, en Luis Javier Moreno, *Rápida prata*. Lisboa, Ángelus Novus, 2004.

“Psicogeografías”, en Luis Javier Moreno, *Segunda Antología 1967-2007*. Salamanca, Diputación, 2010.

“Topologemas”, en Luis Javier Moreno, *Estado y sitio (Nuevas circunscripciones)*. Valladolid Fundación Jorge Guillén, 2013.

LJM ha enmudecido, finalmente. Él, que nunca calló –y que incluso jamás retrocedió, dialécticamente hablando, ante las más diversas situaciones y personas–, ahora está más callado que un muerto.

Yo también voy a callar ya sobre él.

No me siento autorizado, ahora que ha desaparecido, a levantar mi voz por encima, ni por delante, de la que fue (tan) suya. Quien nunca compareció en cuanto vencido en justa alguna no me perdonaría que yo, ahora, aprovechado de su silencio (vuelto de repente: silencio

sepulcral), le impusiera nuevas razones, que ya no se encuentra en situación de discutir; ni tampoco de reducir, como corrientemente le gustaba hacer, a la NADA. O al absurdo.

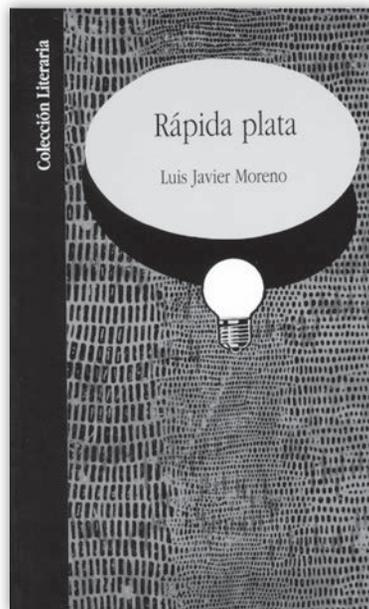
En consecuencia, sobre LJM solo puedo decir (allá donde se me pida en adelante una palabra fraterna sobre él) lo que ya he dicho. Mi escritura sobre él (y no solo ella, claro está) queda para siempre suspendida también. Sin posible evolución. Sin *sorpasso*. En esta ocasión, que me ofrece Tomás Sánchez Santiago (con quien tanto comparto a la distancia, y mayormente resulta ser para mi un camarada en silencios), volveré a repetir lo ya dicho. Lo que siempre diré. Lo que para siempre he escrito acerca de LJM (valga esto por lo que valga).

Como un mantra (mejor: como una suerte de *oración*), me repito ahora las mismas palabras que abrían los propios libros del amigo. Aquel fue el otro, el segundo, maestro de vida (subrogado al primero) que he conocido.

Basta del veneno del recuerdo.

En definitiva: que yo también cuelgo la péñola, y no la volveré a retirar del clavo que la sujeta a la pared muda del recuerdo para intentar cubrir el vacío producido en torno a la estrella que ha dejado de emitir. La conversación con Luis Javier Moreno queda, también por mi parte, definitivamente suspendida. No he de escribir más allá del silencio que, sobre él mismo y sobre su obra, finalmente (también esto), Luis Javier Moreno me ha impuesto para los restos.

Fernando Rodríguez de la Flor



Un brindis por Luis Javier Moreno

Michael Mudrovic

Gracias a la anotación en su *Quinto diario*, consta que Luis Javier Moreno y yo nos conocimos el 20 de septiembre de 1989. A lo largo de estos veintiséis años Luis me invitaba a pasar semanas en su casa, y puedo decir que he conocido pocas personas que sean tan generosas, bondadosas, acogedoras, eruditas, entretenidas y sociables como era él.

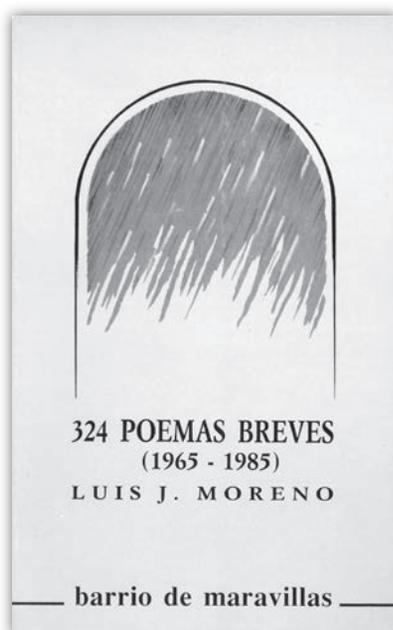
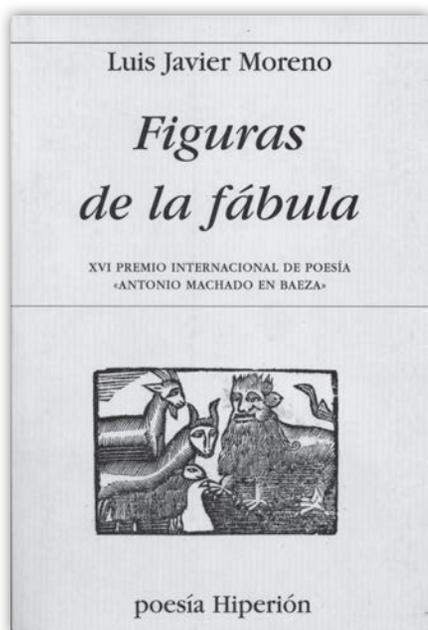
En varios paseos por Segovia, Luis me mostró muchas de las joyas arquitectónicas y artísticas de su ciudad natal. Entrábamos en conventos y monasterios donde me señalaba obras de arte poco conocidas, y en los templos románicos admirábamos los retablos, bóvedas y otras obras de arte. Los capiteles, con sus decorados de flora, fauna o figuras humanas, le fascinaban en particular. Del Alcázar, como de otros sitios, Luis sabía mucho más que los especialistas y procuraba indicarme las mejores obras. Fue en nuestra primera visita al Alcázar cuando aprendí la palabra «bargueño», que me parece una imagen sumamente apropiada para describir la mente de Luis Javier, no solo por todos los cajones y recovecos diferentes, y sus compartimentos secretos, sino también por su estrecha e íntima asociación con la escritura.

Con otros amigos hicimos excursiones a Pedraza, a Cuéllar y a un monasterio recóndito perdido en un rincón del noreste de la provincia, si mal no recuerdo. Pero las excursiones que me impresionaron y entusiasmaron más son las visitas que hicimos al Palacio Real de San Ildefonso de La Granja. Como en el Alcázar, Luis ampliaba con detalles graciosos o históricos poco conocidos la información que los guías nos prestaban y reclamaba mi atención sobre pinturas, frescos, estatuas, relojes, lámparas de cristal y otros muebles que merecían apreciarse. A Luis le encantaba la estatua de la «Alegoría de la Fe», una mujer tallada en piedra con un velo sobre la cara, a la cual dedica un poema precioso de su libro *Poemas de Segovia* (un libro magnífico por la amplitud de poemas efrásticos que contiene).

Pero sin duda alguna las obras que más admiraba eran los tapices que Pieter Van Aelst diseñó como regalo para conmemorar la coronación de Carlos V como rey de España en 1524. Los nueve tapices impresionantes de *Honores y virtudes* contienen un gran panorama de figuras bíblicas, históricas, mitológicas y alegóricas además de varias escenas dramáticas. Podíamos pasar horas disfrutando de la belleza de estos tapices, maravillándonos de su tamaño y la amplitud épica de su temática. La sección de su poema «La Granja de Van Aelst» (también de *Poemas de Segovia*) que se destaca para mí es el «Autorretrato de Pierre Van Aelst» porque es evidente que el poeta se ve a sí mismo en la figura del diseñador, o mejor dicho, ve en la imagen del otro el ideal del artista que Luis hubiese querido ser. En esa imagen visual del hombre renacentista podemos reconocer al hombre de gran sabiduría que fue Luis Javier. Y sin embargo, Luis siempre dudaba de que su poesía sobreviviese para atestiguar su contribución a la tradición lírica. Luis jamás buscó la fama y despreciaba la necesidad de auto-promocionarse para lograr notoriedad. A fin de cuentas, fue un hombre humilde que prefería el ambiente hogareño e íntimo de Segovia a las servidumbres de ser un poeta «oficial» y sufrir las veleidades de la carrera literaria.

Sin este hombre tan culto y sencillo, nuestra vida no hubiera sido tan rica ni tan llena de belleza y alegría. Además de ser una persona que había viajado extensamente por España, Europa y Estados Unidos y cuya mente abarcaba un tesoro histórico, geográfico, literario y artístico, Luis gozó de los simples placeres sensoriales del mundo común y corriente: la buena cerveza y los ricos vinos, los panes y las carnes, los mariscos y los pescados, la naturaleza y la buena compañía. Por el momento levantemos a su memoria una copa de verdejo, una jarra de cerveza belga o un trago de Jack Daniel's por este hombre que nos ha enriquecido la vida irrefragablemente, y brindemos por un amigo generoso, un poeta único, un ser humano excepcional. «Ave atque salve».

Michael Mudrovic



Llaga en la entraña misma de la rosa

Francisco Otero

En la obra de Luis Javier Moreno hay una veta de poeta hondamente elegiaco; sus *Diez Elegías*, escritas de 1972 a 1974, ilustran su reflexión sobre la decadencia y la muerte. *Rota*, elegía de cuatrocientos ochenta y seis versos, la comenzó en Cádiz en 1978 y la concluyó en Segovia en 1998. A pesar de sus episodios depresivos Luis Javier era un epicúreo que buscó la felicidad en los jardines de La Granja, en la música y en la pintura, a poder ser, siempre rodeado de amigos con los que derrochaba su sabiduría, su inteligencia y su desprendimiento.

Los jardines de La Graja de San Ildefonso supusieron muy tempranamente para L J M el descubrimiento de la naturaleza a lo largo de las cuatro estaciones, especialmente en el invierno con sus fantásticas mutaciones. La Granja se le reveló como una decisiva ceremonia de iniciación en la que las delicadas combinaciones cromáticas de los blancos, rosas y grises de la arquitectura con las modalidades del verde tierno del comienzo de la primavera y los amarillos oro del otoño, pasaron a formar parte de las imágenes imborrables de su memoria visual.

*Despacio... los jardines... Las ficciones del arte / han homogeneizado las edades del tiempo /
y fue en aquel instante de mi vida / cuando a mi vida el sitio se le impuso /
y abrí mi corazón a sus palabras / por el cauce ordenado del agua de las fuentes, /
por el sometimiento de las flores, / mansedumbre gentil del aligustre, / y la disposición
del boj y el tejo*

(“Mis días de La Granja”. *Poemas de Segovia*)

El jardín, imagen breve del mundo, desde Horacio a Fray Luis, es el ámbito de comunicación transcendental con la naturaleza. En el jardín, con su vegetación perenne, no transcurre el tiempo y nos pone a salvo de la soledad y de la muerte. La música del agua de las fuentes, el canto de los pájaros y la continuidad de la nieve en La Granja era lo más cercano al paraíso.

*El tiempo ya ha medido las horas de sus flores, / el viento abre las nubes y cae nieve, /
una nieve que pone mi corazón antiguo / a latir en el ritmo de mis días de infancia.*

La claridad de la naturaleza en la obra de Luis Javier Moreno no necesita de ninguna paráfrasis por su carácter transparente, evocada como una pasada edad de oro enfrentada al desierto del presente, sólo habitado por fantasmas oscuros.

Orfeo es considerado el primer poeta y músico del mundo antiguo, mito fundacional que ilustra, según Steiner “la lucha entre el canto y el raciocinio”. L J M asocia la música con la escultura, pero no con la pintura. “El juego de volumen, su alternancia dentro-fuera, la distribución del espacio, tamaño, proporción, el color, etc.. me producen la misma impresión que una melodía, su desarrollo, su inversión.” (*Diario*, IV. 2005).

Para L J Moreno la música era un consuelo y la pintura una pasión. En diferentes páginas de sus *Diarios* el valor terapéutico de la música le ayuda a sobrellevar las dolencias del cuerpo y las melancolías del espíritu. Juan Sebastian Bach es su dios de la música, sus *Suites para*

orquesta se las sabía de memoria. *La Pasión según San Mateo* y *la Misa en sí* contienen toda la grandeza del músico y son monumentos imponentes, sobre todo *El Credo*, el culmen de la obra. “A Bach lo tengo asociado al otoño. Bach y el otoño me representan el despojamiento de lo superfluo y el acontecer de lo esencial”, concluye en su Diario, IV.

La música de Mozart le reconcilia con sus desavenencias, le transmite equilibrio y le impregna de armonía: “la alternancia de piano y orquesta es uno de los coloquios más extraordinarios concebidos por una mente humana”. (Concierto KV, 467, 21).

Música de Mozart en el palacio de Carlos V

Sus días más felices fueron pocos:/ un punto fijo donde el pensamiento / se orienta hacia una masa de armonía / y funda la pasión, sin tiempo, de un acorde / en el extremo azul del diamante / inextinguible que arrebató el iris / y devuelve las cosas a su sitio. / Aquel final de otoño fue inclemente / un pésimo final para un otoño. / Él ya lo percibía: siento un frío / que no acierto a explicarme... / Se había vuelto sólido en su mesa / de billar el aceite en esos meses, / esos últimos meses del siglo dieciocho, / que son ya siempre sus sonidos últimos, / llaga en la entraña misma de la rosa / en donde por su cuenta el mundo estalla / en una soledad de sombras múltiples / que en Viena nievan por su cementerio.

De su pasión por la pintura dan fe sus poemarios dedicados a pintores y a pinturas, que constituyen su particular *museo verbal*. Así evoca, en el siguiente poema, la confrontación del texto con el cuadro y con el fotógrafo Timothy O’ Sullivan, junto a Aníbal Núñez en la Salamanca de comienzos de los años 70 :

Abriamos los cuadros memorables / de la mejor pintura de los tiempos; / las imágenes tiernas del pionero O` Sullivan, / veíamos llegar de frente los ocasos / hablando de la forma de vivir de Propercio. / [...] Yo dejé de vivir en Salamanca / (la sustancia del tiempo al pudrirse es más pálida) / cuando comenzó Anibal el alzado / de ciertas ruinas... Fieles lealtades / al incendio que en ella la luz de ocaso deja / sobre el hueco dorado de sus plazas / y la llama redonda de sus cúpulas.

En su extensa galería de poemas efrásticos su poesía es pintura que habla: monólogos dramáticos, correlatos objetivos, descripciones, narraciones, evocaciones, re-creaciones de obras de Veermer, Grosz, Velázquez, Otto Dix, Lucas Cranach, Van Eyck , Henry Wallis, Albrecht Altdorfer, Andrew Wyeth, Egon Schiele, Clyfford Still....

Francisco Otero

Las cerezas le aman

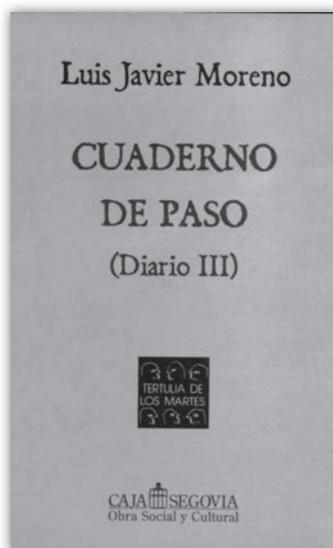
Gustavo Martín Garzo

Luis Javier Moreno solía acompañar sus cartas de pequeñas colecciones de postales, casi siempre con reproducciones de los cuadros que le gustaban, ya que la pintura, con la poesía y la música, eran sus grandes pasiones. La última carta que recibí de él, apenas un mes antes de su muerte, contenía ocho postales del Monasterio del Escorial, “la verdadera geometría convertida en piedra y luz de oro”, según sus propias palabras. Dos de las postales son fotografías de los cenotafios de Carlos V y de Felipe II. Los reyes están arrodillados con sus respectivas familias, y permanecen en actitud orante con la mirada perdida más allá del mundo.

Luis Javier estaba ya muy enfermo cuando me mandó esta carta y no sé si al elegir las imágenes de un edificio que incluye un palacio real, una basílica, un panteón, una biblioteca y un monasterio, no estaría ya pensando en su propia muerte. Pero es difícil contemplar el distanciamiento y la frialdad con que se trata en estas imágenes el tema de la muerte y pensar a la vez en Luis Javier, amigo de la cerveza, la buena comida, la conversación incansable. En alguien que amaba los epistolarios, los diarios, las biografías no autorizadas de los escritores, que era tan excesivo en todo, sobre todo en la amistad. La poesía de Luis Javier Moreno es una meditación sobre el paso del tiempo, sobre los fracasos de nuestras ilusiones, sobre la naturaleza pasajera del amor, la vida y el recuerdo. Pero también sobre la necesidad del arte y la búsqueda de la belleza como único consuelo frente a la desdicha de existir.

Nunca se dio importancia, nunca habló de humildad, ni de pobreza, ni se refugió en fingidos misticismos, como tantos poetas. Le salvaba la ironía, que es una actitud que nos enseña a tolerar las contradicciones. La poesía sólo era para él una casa donde vivir. Un lugar de comunicación entre los vivos y los muertos, entre las mujeres y los hombres, entre los niños y los adultos, entre los animales y los seres humanos, entre la realidad y la ficción. Eso era el poeta para él, el discreto anfitrión de esa casa. En ningún poema lo explicó mejor que en el que dedicara a su admirado Juan Gris: *Hace tiempo que llueve por la fruta que él pinta, / las cerezas le aman y las uvas ajustan / el racimo a la forma de sus fruteros planos,*

Reunir en el poema todo lo que separamos al vivir, eso fue la poesía para él.



Carta a destiempo

Angélica Tanarro

Querido Luis Javier:

Intento adivinar tu reacción cuando, estés donde estés, recibas esta carta. Y te imagino refunfuñando, diciéndome que ¡a buenas horas!, recordándome una vez más mi silencio ante las tuyas. Y tendrás razón. Esta carta llega tarde, como tantas cosas en la vida que se encuentran con la frontera inesperada de la desaparición. Esa a la que no quiero poner nombre porque no quiero darle carta de naturaleza.

Qué puedo decir ahora que sé que no vas a contestarme nunca. Ahora que, como escribió Carmen Martín Gaité a su amigo Gustavo Fabra cuando murió dejando interrumpidas tantas conversaciones, entiendo de sopetón la diferencia entre escribir y conversar. Ahora que esta carta no tendrá tu pronta respuesta, tu letra dibujada, inconfundible, en una postal adquirida compulsivamente en la tienda de algún museo remoto.

Nos has dejado sentados e incrédulos frente a tu poesía. Incrédulos porque –insisto-- aún no aceptamos que no volveremos a compartir una charla aderezada de tu ironía y tu sonrisa permanente o, si fuera el caso, de tus impropiedades contra alguna injusticia que no pudieras explicarte, que acabaría siempre en una broma, en alguna ocurrencia divertida que relajara la tensión. Pero ¿no estuvimos siempre así? Sentados ante tu poesía, digo, admirados ante tu capacidad de llegar al fondo de las cosas dando un rodeo de cotidianidad.

Sí, lo confieso. Me acostumbré a buscarte en tu poesía. A tratar de encontrarte entre los ladrillos de ese parapeto que habías construido para protegerte de miradas indiscretas. Hermoso parapeto donde hallaste tantos cómplices. Ahora ya sabemos que será el único lugar para el reencuentro, que ahí tendremos que recuperarte los amigos: “Terminadas las horas/ compartidas contigo,/ un vacío, el vacío y más aún/ la conciencia feroz de ese agujero,/ destroza tenazmente y negro oscuro/ el recuerdo más leve de nosotros”, escribiste en *Última argucia de la razón práctica*.

Pero no. Afortunadamente no solo tus versos llenan ese vacío que no es tal, un agujero de luz si acaso que llenan las horas compartidas.

Pero todo eso ya se ha dicho en estos días en que los amigos nos hemos conjurado para hacernos los locos y hablar de ti en presente. ¿Cómo si no? Y qué más quisiera, como querías tú, no repetirme: “Quisiera hablarte, Rota,/ de este tiempo preciso, este minuto/ en el que veo descender despacio/ los milímetros rojos de una nube.../ No acudir al desván de mi memoria/a repetir de ti lo que ya dije./ He tomado conciencia de mis obligaciones/ y quiero para ti un discurso nuevo:/ oír mi voz, acariciar tus luces/ contigo, comprendiéndonos/ al margen de los signos exactos de los mapas...” (¿Cómo nos sobrecoje tu último poemario!).

Ya ves, tantas cosas por decir y solo tengo miedo de volver a decir lo que ya te dije.

He rescatado papeles amarillos, fotos que azulean de cuando el papel fotográfico..., dedicatorias y fechas, pero los recuerdos más nítidos no están en ellas... Se quedaron en la cuesta de las ermitas de San Juan de la Cruz, aquella tarde tan fría; en el ‘Satur’ donde compartimos tantas charlas, bien comidas y bebidas, unidos por el amor a las historias inventadas y a la poesía...; en los bares que fueron acogiendo la última tertulia errante; en tu saludo prestado “¡Angeli que!”; en las veces que nos asustabas diciendo: no escribiré más, quizá para escuchar nuestras protestas; en la tarde que, sentada a tu lado, sentí tu conmoción al escuchar a Olvido recitar el poema que le habías dedicado a tu madre... Ahí estás y estarás para siempre en las Odas de Horacio. Allí tu poesía: “Resistirá las lluvias y los vientos/ el sucesivo curso de los años/ resistirá, velones, y yo mientras/ no moriré del todo pues mis odas,/ la parte más lograda de mí mismo,/ vencerán a la muerte destructora”.

Nada pues, por ahora. Mi admiración y mi cariño. Los tuviste siempre.

Ana Rossetti

Dedicado en St. Louis

*El peinado y sus cintas
de las ciudades célebres del mundo*

Luis Javier Moreno

Cuando tú
que en un verso descifras el nombre de los puentes
y recorres las calles
como si acariciaras un cuerpo conocido
entre los edificios del recuerdo;
que otorgas al otoño el rango de Belleza,
de Majestad al árbol, de Himno a cada estatua
y de contemplación al rascacielos;
que entre las plazas públicas eliges tus salones
y de entre los alféizares marcos para tus láminas;
que persigues las luces en vidrieras, farolas
o en un lomo de acero, como si precisases
de un abalorio más que guardar en tu cámara.

Cuando tú
que averiguas edades en la piedra
y en sus símbolos joyas,
has desenredado, tan esmeradamente,
las cruces y avenidas de los mapas
para hacer una cinta que anude cierta trenza,
es que, no cabe duda, la cosa te dio fuerte.

Ángel Fernández Benéitez

Fragmentos de una carta para Luis Javier Moreno

El que se deje entrar en tu boscaje
y cuanto más adentro se encamine,
saldrá de entre las zarzas bien parado,
pues haces el dolor luminiscente
y mandas a la cárcel la tristeza
en una jaula de oro aprisionada
por la lúcida luz de una sonrisa...

La sonrisa es la seña de lo humano
que se aviene a vivir en su abandono
y estima la alegría sin reserva.
Así te escucho a ti, cuando te oigo
con tu verso en los ojos solitario...

Pienso en tu *Rota* ardiente y en sus aguas
crecidas de emoción como marea
sobrepasando cotas imposibles.
¡Qué secretos se ocultan en las olas,
qué piélagos de voz andan revueltos
en las simas que dieron pie a tal reto!
Mas no se hizo de piel la poesía,
ni nunca el sentimiento halló fortuna
sin el genio y el arte combinados.
Es forzoso saber lo que se dice,
aunque al decir se indague en la palabra,
y es forzado decir si no se siente,
pues de sobra lo huero va servido;
pero resulta siempre imprescindible
que la pasión y el genio encuentren vías
por donde acudan libres a otros ojos
y en ellos se hagan sangre y se condenen
a perder a su dueño para siempre.
Sólo quien tal consigue dura siempre
y siempre se renueva en otro cuerpo
otorgando a los dos gloria y abismo.

Antonio Carvajal
Cinco piezas castellanas

para Luis Javier Moreno¹

1

Segado el cereal, rota la quilla
del monte por la junta de los ríos,
breves las aguas, mínimos los píos
de las aves... No sigo: Esto es Castilla.

Pero Castilla es más: Una amarilla
confusión de memoria y desvaríos.
¿Recordar es soñar? Digan los fríos
de enero cómo late la semilla,

cómo el aroma de los pinos denso
se agruma, cómo el cielo es más intenso
de distancia en las cimas del olvido.

Esto es Castilla: Recoger sembrando,
soñar la vida, sí; pero, soñando,
vivir antaños sin haber vivido.

2

Arroyo de clamores, clamor de Eresma,
álamos de la noche por la ribera,
Juan de la Cruz,
tan traído y llevado de noche a luz.

A oscuras y en celada llegó a Segovia
pero marcó su rastro rumor de rosas,
limpio perfume
que va de arroyo a río, de verso a nube.

3

Estos cielos hipócritas
del verano en Castilla
(Riaza, Ayllón, El Burgo
de Osma) se deslizan
con ademán de obispo
entre mesas y misas.

¹ Publicado en *Sol que se alude, seguido de Otros poemas afines y Cuaderno de Castilla*, introducción y selección de Dionisio Pérez Venegas. Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2013; colección Puerta del Mar, 125.

Sepúlveda en la noche,
ave de luz, dormía.

4

Bajo la espuma soñolienta
verde y dorada de los pinos,
la primavera otros caminos
sobre los páramos inventa.

Nadie sospecha si la cuenta
de sus corderos y sus vinos
entra en los cálculos divinos:
Castilla es ancha, pero lenta.

Y en tanta luz y en tanta anchura
breves placeres nos procura
la mesa, el vino y el yantar.

Como la Eresma de agua clara
y la esperanza que me ampara
colman las copas del pinar.

5

SILOS

Illorum lingua resonat quasi tympano tuba

De monte a monte y mar a mar resuena
nueva una voz –mañana será un coro
de mar a mar, de monte a monte y cielo,
la vida al frente y la esperanza al hombro.

Toda la vida por hacer. Los nombres,
entre la novedad y el abandono
de lo no bien sabido, serán súbitos
redobles de timbal, en tuba soplos.

Silos de piedra, Silos de palabra,
surgió en el tiempo y en el tiempo ha roto
–claro en el bosque– su primer sonido.

Guardemos la memoria de un sonoro
amanecer y que una luz futura
nos una en paz y en libertad a todos.

Antonio Carvajal

Esperanza Ortega

El genio de Luis Javier

Cuando pienso en Luis Javier Moreno, no puedo por menos que recordar su risa, cómo inundaba con ella las conversaciones hasta ahogarnos a todos con su marea incontenible. Un día, con los ojos llenos de lágrimas, creí verlo levitar en el momento álgido de la carcajada, mientras cada uno formulaba el deseo que hubiera pedido al genio de la lámpara de Aladino. Y echando de menos su risa benefactora, terminé formulando yo mi deseo en un poema que le dediqué:

Destapa
su lámpara pequeña
el buen amigo
—un genio preso tiene—

y rebosa la risa
sobre el mantel
como la espuma de cerveza

la tristeza se escurre
por los bolsillos rotos

por eso le escribimos un poema
—un genio preso tiene—
para que vuelva
el buen amigo
con su lámpara.

Mudanza (1994)

Kierkegaard contó este chiste como ejemplo de incongruencia cómica: “un indio se asombra de que salga la espuma de una botella de cerveza. El inglés le pregunta de qué se admira. El indio contesta: no me admira que salga la espuma, sino cómo la habrán podido meter en la botella”. ¿De dónde salía la risa de Luis Javier?, ¿no era él mismo el genio de la lámpara, levitando, inflamado, malignamente benévolo? Con su muerte el poema ha adquirido un valor premonitorio. ¡Ah, el genio amigo, cómo te echamos de menos, tu risa, tu lámpara!

José María Castrillón

Necrológica

En memoria de L. J. M.

la ausencia es un don raro en las especies
lo tienen en cambio la nieve el silencio la luz

también estas palabras que no necesitaban retenerte más allá
de lo que habías dado

la ceguera otorga voz a las palabras
quiero decir que ya no sé buscar el agua sin hacer caer el vaso
ahora que los dos sabemos
que los pedazos jamás componen lo perdido

Juan Luis Calbarro

El poeta asegura buscar claves

Está el poeta tímido, está el sabio,
está el que se demora en sustantivos,
sin miedo a los apodos,
y está el que es torrencial, innecesario
salvo en su fuero interno incandescente.
Está el poeta sucio; y está el limpio.
Está el que señorea las imágenes
como si fueran dunas
y está el que explica todo
como si hubiera urgencia.
Cualquiera de ellos miente
cuando afirma que busca explicaciones,
que el verbo es vía de conocimiento:
estar y ser son pies incompatibles.
El poeta, si es listo, sólo busca
creerse vivo aún
sobre las angarillas,
desconocer el miedo,
alquilarle galones a un destino
tan opaco como otros. Despijarse.
Entretener a sus perseguidores.

Ildefonso Rodríguez

Quiero dedicar a la memoria de Luis Javier Moreno el último texto que ha aparecido en mi cuaderno. Literal: supe de su muerte y después vino el texto, sin relación aparente, sólo que la última línea da entrada a la memoria, como ahí se dice. Una memoria que va muy atrás, es inevitable ya: tan atrás que llega a unos días iluminados del año 1979 y un primer encuentro en Sanmorales, un pueblito de Salamanca, alrededor de un proyecto, el BALNEARIO ESCRITO que fundó Pedro Cornejo y donde saldría como primer libro de la editorial su Epoca de inventario. Todos los que estuvimos en aquella reunión inolvidable (Luis Javier, Pedro, Tomás, Aníbal Núñez, Miguel Suárez) somos ahora personajes de una novela, El territorio del mastín, de Tomás Salvador González. En la última línea de mi texto, en una bocanada de ternura, está aquello de entonces y el recuerdo de ahora mismo. Como escribió Faulkner, entre la nada y la pena, elijo la pena.

Lo reunido

como una historia puede dejar su rastro en el horizonte del paisaje⁽¹⁾

una muerte semejante a la de ese muchacho inglés o alemán o francés, un muchacho de 19 años que un día del año 1915 sale de la trinchera con su patrulla, se despista y cae en un pozo, uno de los pozos para el riego de las que fueron tierras de labor, cae y allí tiene su agonía, con los huesos rotos, semiahogado y mordido por las ratas

distancias siderales, cuerpos celestes en su ruta silenciosa alejándose, sólo un pliegue del espacio-tiempo propiciaría el encuentro de los mundos

en el baile de los enfermos de Alzheimer por encima de la música se imponía un sonido recurrente: eran los bastones y cachas que caían al suelo con estrépito

mi madre sale a la calle después de tres meses de encierro y ya camina, está soldando su fractura de pelvis, y va al bazar chino, quiere comprar unas horquillas de pelo, de las llamadas invisibles, le hacen falta, dice

soñó que andaba por un camino polvoriento cuya blancura destacaba en medio de la cerrada oscuridad de una noche de verano⁽²⁾

anduve yo una vez por ese camino como si hubiera bebido la leche de la nada que manan las estrellas, el camino blanco del contento

todo parecía simple y natural, como ocurre en los sueños, pues en el País Más Allá del Lecho no hay sorpresas y cede la razón⁽³⁾

distancias siderales: la pareja vietnamita, los dos unidos por la caña musical, boca a boca hacen su música, están sentados en la hierba, junto al río, música que es resonancia del paisaje

¿un viaje astral?, ¿un pliegue del hiperespacio? ¿hay gentes allá en aquellos mundos?

fríos o en llamas flotan en su oscuridad, avanzan

esto lo voy reuniendo mientras paso por mi calle corta, mi callejina, y voy pensando en mis amigos

NOTAS: (1) Erckmann - Chatrian, *La oreja de la lechuza* // (2) Ambrose Bierce, *La muerte de Halpin Frayser* // (3) Ibidem

Ezequías Blanco
Elegía cherokee

Para Luis J. Moreno *in memoriam*

No me verás parado al lado de tu tumba.
Ni me verás lanzar sollozos.
Sé que no estás ahí y que no has muerto.

Disfruta la alegría del no ser
el sueño de los párpados de nadie.
Disfruta la certeza de advertir
el millar de jóvenes juglares que habitaban
(tras el campanileo de tu risa)
bien repletos de historias a la sombra de un té
jugando a la canasta con sus damas...

¡Que agua fresca te concedan los hados!
¡Que cuando llegues esté abierta
la puerta de los dioses!

Sé que no estás ahí y que no duermes
que eres el viento que sopla
bajo las alas de los pájaros
que eres el fulgor de un diamante
sobre la nieve de La Mujer Muerta...

Y cuando vea el trigo maduro
te veré en el reflejo de su luz...
Sé que serás también semilla y lluvia
en la benevolencia del otoño...

Y brisa repentina que juega con el pelo
de muchachas alegres y estrellas en la noche
y sombra en las cinturas
y Salamanca y Cádiz y Segovia:
(La Granja Riofrío el Acueducto...)

Aquí queda bordada en estos sonos
la escarapela de nuestra amistad.

Jesús Fernández Palacios

Envío a Luis J. Moreno antes de su muerte*

Querido amigo y poeta:
por la presente improviso,
te digo bien y te digo
que al escribirte esta carta
se me quiebra la garganta
cuando me llega al oído
tu voz como un triste adagio
de dolencias y quebrantos.

Por eso quiero decirte
que yo prefiero tu allegro
con sus notas luminosas
reflejos de tu talento,
de tu ironía y sarcasmo
que enriquecen el concierto
con ingeniosos registros,
melodías y matices
que salen de tus adentros.

Que yo prefiero tu risa
y no ese labio partido
ni el piano de tu boca
con sus teclas averiadas,
que si en vez de tu caída
hubieras venido a verme
otro gallo cantaría
al comienzo del otoño.

Que la mejor medicina,
ajena al laboratorio
se escancia con O de oro,
con olores y sabores
brindando con oloroso
por tu vida tan valiosa
y tus sueños realizables,
mitigando con jolgorio
las pequeñas frustraciones
de no poder alcanzar
lo que nunca se ha logrado:
ser como ángeles ebrios,
como dioses embriagados.

Somos hombres con minúscula
que a otro tamaño aspiramos,
y si no lo conseguimos
coreamos la desdicha
con el ceño cabreado,
en vez de venir a verme
para brindar por la vida,
que ahora levanto la copa
del ambarino oloroso
a ver si así se mejora
tu corazón fatigado.

* Así entrego este poema que le escribí y le envié a Luis Javier algunos meses antes de su muerte. Él ya estaba mal físicamente y con el ánimo quebrado, de ahí el tono del poema que, por cierto, me agradeció con entusiasmo y buenos propósitos de venir a Cádiz en cuanto mejorara de salud. La poesía, una vez más, no fue un arma cargada de futuro, y desgraciadamente Luis no mejoró ni volvió nunca más a Cádiz. Según Blas de Otero, "Morir, tiene sus ventajas. Ante todo, dejar de sufrir" (como le pasó a Luis Javier) "Tranquilo, equidistante, el cuerpo descansa, se desintegra, evade". De poeta a poeta: espero que Luis Javier se haya cerciorado de que sea verdad lo que predijo Blas de Otero sobre su propia muerte.

Máximo Hernández

Théo Van Gogh visita la tumba de su hermano

A Luis Javier Moreno

Vincent, hermano mío, fuera del tiempo estás,
alejado del tiempo al que en suerte has tocado.
Cómo puede vivir verosímil tu obra
si yace en una espuerta de tiempo ya vacía,
si la acosan los años pero nunca la alcanzan.

Abismas la mirada. Les muestras lo que el ojo
de los mortales niega. Locos de azar los vuelves.
Les hablas del reinado que se instaura en la luz
y les vedas el párpado que protege sus ojos.
De qué entonces te dueles si no comprenden nada,
si te miran con miedo, incluso ahora que has muerto.
Nunca muestres al hombre lo que no reconoce,
no convoques sus dudas ni su instinto de bestia,
no le abras horizontes que le fueron prohibidos
en el alba del tiempo para mejor salvarlo.

Para ellos fue la vida marchar como soldados
que huyen en desbandada, descoloridos, solos,
casi como una encina que salva un cementerio.
Para ti que te sabes vertido gota a gota,
derramado en la luz que habita en los pinceles
que incontinentes brotan de la matriz del humus,
para ti que elevado por encima del tiempo
creciste entre las hojas que aspiraban a un cielo
donde hecho voz y nido el añil verdeaba,
la vida es la certeza violentamente tierna
de una misión sagrada que se ha de transmitir
más allá de sus ojos, más allá de tus horas.
Mística de la carne, divinidad del viento,
sagrado hasta el billete que adquiere la pintura
que amorosa penetra la tela de la noche.
Esa noche que alumbras, que de vida humedeces,
desde los diez fanales que en tu sombrero anidan.

Vincent, hermano mío, si hubiera sido tú
yo nos hubiera dado mi carne, mi materia,
la brevedad del cielo que, mansos, deseamos,

mas tú nos ofreciste el temblor de unas sienes,
la delirante luz de una estrella aterida
que habita, roja y sola, un cielo inabarcable.

Descansa ya, Vincent, descansa de la luz
en la luz que te ciega. Descansa del pincel.
Ya sólo eres color y el dolor se apacigua.



Luis Marigómez

Avanzas deslumbrado
naranjas en la tierra lirios
un carbonero en el peral desnudo
vuela a saltos entre las ramas
a tientas
el jazmín florece siempre en invierno
chispas amarillas miran al sol
hormiguelo en el cuerpo
esperan las yemas del lilo guardan
la explosión de su olor
antes de volver despacio a secarse
acaba el viaje una y otra vez

José Luis Puerto

Pervivirás

(En memoria de Luis Javier Moreno)

Siempre pervivirás en tu palabra,
En aquello que amaste
Y que lleva tu huella.
Aunque estarás también
En ese territorio de tus libros,
De cuadros y pintores admirados;
En tu ciudad natal,
A la que fuiste fiel
A lo largo del tiempo,
De tu tiempo, que se halla clausurado
Por el tenaz hachazo de la muerte.
Pero siempre habrá vida
Y pasión y entusiasmo
En toda la memoria
Que de ti quedará;
Pasión por existir
De un modo compulsivo y entregado
A todo lo que amamos
Y que más nos importa.
Los espacios de América
También albergarán
Lo que en ellos viviste.
No queda nada y queda todo.
Duerme en la melodía de tu sueño;
Nosotros guardaremos
La llama de tu imagen donde ardió.
Y en la música clara de tus versos
Habrá siempre un latir
De pasión y de amor por la belleza.

Juan Manuel Rodríguez Tobal

Algunas pocas piedras

(para Luis Javier Moreno)

Jugaban a extraviarse
los corazones.

Adiós, adiós, los hijos
de una esperanza desconocida.
Luego
tendía ella sus brazos a través de las sombras
para volvernos nuevamente al mundo.

Largo el hilo de oro que ataba a los tobillos
desde las piedras mismas de la ruina.

Por la noche buscábamos sus lágrimas
para guardar nuestra alegría en ellas.

No había sed
ni mar
ni ausencia.
Había aquel temblor de los amaneceres
como una piedra incomprensible.

La luz y la alegría sin consuelo
en el azul incierto de unas lágrimas.

Y allí estaban sus manos.
Eran bellas sus manos. Ella decía
el río es más hermoso que mis manos,
¿y si nos desprendemos de las orillas
y vamos lejos?

Callábamos entonces sus labios que alumbraban
la piedra de un viaje sin fin, mientras sus manos
disponían las aguas
para un adiós sin huellas.

María Angeles Pérez López

Haikús del viajero

a Luis Javier Moreno

Ángel del agua.
Movimiento atrapado
en cada estatua.

∞

Misericordia
en asientos prudentes.
Cuerpo y derrota.

∞

La luz exacta.
Écfrasis y sorpresa
en las palabras.

∞

Cifras azules.
Elegía del cielo.
Mapa voluble.

∞

Tránsito y cambio.
Lo eternamente igual.
El desamparo.

∞

Cuartel de invierno.
Compasión y coraza
contra los vientos.

∞

Cartografía
del lenguaje y la nieve.
Melancolía.

Miguel Casado

a Luis Javier Moreno

Nos reunimos en algún cruce del país
de la poesía; era un país compuesto
por calles de muchas ciudades, habitado
por amigos comunes, nombres que traían
su relato, cerveza y risa compartidas, real
en lo real. En él había muchas capas, íbamos
atravesándolas sin olvidar su extraña
materia única. En mi cabeza reconozco
ahora la dicción de tus versos, voy oyendo
su sustancia y su música en los libros
de otros, las frases que parecen tuyas,
o al salir de algún sitio me pregunto qué habrías
dicho, qué guasa tendrías. El afecto reúne,
según tu ejemplo de coleccionista caótico,
esas chispas de voz que me he quedado.
En este lugar de nuestro país que no llegaste nunca
a visitar, la menta se va desplazando por el jardín
y haciéndose frondosa, no deja de moverse,
abraza otras plantas, convive un tiempo
con ellas. Donde nunca vuelve es a la zona
en que la plantamos, cada vez más limpia
al ojo aunque quizá la recorran raíces
que la defienden. No te atraía
el campo, la naturaleza, salvo entre las fuentes
de La Granja, en los paisajes de la pintura.

José Ramón Ripoll

En el otoño de 1987 tuve el privilegio de visitar el Museo de Arte Moderno de Nueva York en compañía de Luis Javier Moreno, después de haber pasado juntos unas semanas en Iowa City y unos días en St. Louis. Contemplé de nuevo El mundo de Cristina, de Andrew Wyeth, cómplice de la luz y el paisaje que el pintor americano supo plasmar en el famoso cuadro. Los agudos comentarios de Luis Javier me incitaron a pensar en la mirada de Cristina, la vecina paralítica del artista en Maine (Pennsylvania), que prefería arrastrarse por el campo a salir en su silla de ruedas. Se trata de una escena aparentemente cotidiana, construida con muy pocos elementos, pero que invita a imaginar el rostro que no vemos de la protagonista y el horizonte que ella mira. Al publicar el poema sobre el cuadro, se le dediqué a nuestro poeta, como consta en el libro Las sílabas ocultas (1991). Un año más tarde, el propio Luis Javier me sorprendió con la dedicatoria de "Los mundos de Andrew Wyeth", poema inserto en El final de la contemplación (1992). Valgan ese horizonte inasible y esa mirada secreta como vivo recuerdo de un viaje aún inacabado.

El mundo de Cristina

(Andrew Wyeth)

a Luis Javier Moreno

DESDE SUS OJOS surge el mundo
que se concentra entre los límites
reflejados en su pupila:
aquella que no vemos
pero que imaginamos en la vana sospecha
de la similitud.
Por el color de ese paisaje
dibujamos el iris de sus ojos
tal como el nuestro al contemplar el cuadro,
pero sin la muchacha
que es ella misma.
Su quebradizo cuerpo es el eje de un sueño
más allá de la metafísica
y casi roza lo real
Su brazo es la otra línea que soporta la vida
sin llegar a romperse
porque sabe que en él se encierran
todos los paradigmas de la luz.
Pero el misterio es su mirada,
la que no vemos nunca,
aquella que nos muestra cuanto ve
y guarda para sí
un secreto horizonte que no dice.

Olvido García Valdés

yendo a Oviedo desde Toledo provincia
de Segovia anuncia el cartel verde
al borde de la autopista y separa
abstractamente una tierra continua
la palabra
Segovia se asocia a Luis Javier un nombre abstracto
que se volvió concreto y propio para quien no
es solo un nombre una carencia
o señal con todo su volumen y una jarra
en la mano
la risa y la cerveza y unos ojos de abismo
al fondo de las gafas las palabras
que de allá adentro salían
todo es abstracto todo
rótulo o cartel de lo que no es decible no
solo porque es grande no abarcable sino porque cambia
o muda inestable como la luz o clara
e incierta nieve que se deshace
esa señal
el humo y la ceniza que no vimos la limpia
combustión de diciembre un raro
diciembre al que el invierno mera abstracción
que quema no había aún llegado y ahora está aquí

(L. J. Moreno)

Natalia Carbajosa

Joven de amarillo escribiendo una carta, de Jan Vermeer

A L.J.M., que nos regaló tantos poemas sobre pintura

Sosiego: ojos y boca.
Nevado de luz armiño.
Secreto en el cofre un guiño.
Rasgado de pluma de oca.
¿Adónde miras, qué loca
confidencia a la criada
contarás? ¿No dirás nada?
Un acorde de espineta
dormirá, música quieta.
No eres mujer: eres hada.

Tomás Sánchez Santiago

Otra carta perdida

Los colores cobardes del invierno
ya no te afectan esta vez (tampoco),
su voltaje sin fuerza, su manera de estar
en las combas del aire de tu ciudad con torres numeradas
y dos ríos por donde el agua (un trámite ensayado) va hacia la mar
sin desesperación, como tú mismo.

Me calzo tu escritura como quien necesita
volver a ti, ponerse algo que te devuelva al mundo
que apuntabas ya sin constancia mucha
en tus poemas mejores, que nos hacían creer
en la facilidad.

En fin, que ahora observo por ti
la leve desazón de los insectos de diciembre,
la calidad del frío, esa respiración un poco agria
de las últimas flores desgarradas, que han resistido
más que tú al ultraje continuo
de estos últimos meses revolcados de palabras extrañas
y de órganos sin suerte.

Uno de los dos ríos se llamaba Clamores.

Víctor M. Díez

(A Luis Javier Moreno)

Asusta tentar el envoltorio. Pensar
como si lo pensado fuera precinto de una razón
demasiado usada.
Un muy frágil tembloroso y azul.
Como en aquellos mensajes,
tan poema por fuera:
No golpear, no doblar, contiene fotos, por avión.
La precaución envolviéndolo todo.
Es como si un golpe de viento nos dejase a la intemperie,
desnudos y sin llaves.
Es como si el puro sí
no contuviese un no en el hueco interior
que lo fuese pudriendo poco a poco,
al pensar.

OBRA PUBLICADA DE LUIS JAVIER MORENO

Poesía

- *Diecisiete Poemas*. Salamanca: 1978.
- *Época de inventario*. Valladolid: Balneario escrito, 1979; Salamanca: Amarú, 1992.
- *En contra y a favor*. Barcelona: 1980.
- *De cara a la pared y otros poemas*. Segovia, 1984.
- *324 poemas breves*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1987.
- *Última argucia de la razón práctica*. Cádiz: 1989.
- *El final de la contemplación*. Madrid: Visor, 1992.
- *Rápida plata*. Granada: La General, 1992.
- *Cuaderno de campo*. Madrid: Hiperión, 1996.
- *Paisajes en el Prado*. Luxemburgo: La Moderna, 1997.
- *Sobre el blanco*. Villafranca del Bierzo, 1998.
- *Elegías*. Luxemburgo: La Moderna, 2002.
- *Poemas de Segovia*. Segovia: Diputación Provincial, 2002.
- *Rota*. Luxemburgo: La Moderna, 2003.
- *En contra y a favor (2005)*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 2007.
- *Circunscripciones*. Segovia: Isla del Náufrago, 2010.
- *Figuras de la fábula*. Madrid: Hiperión, 2012. Esta obra fue finalista del *Premio de la Crítica de Castilla y León* en 2013.
- *Estado y sitio (nuevas circunscripciones)*. Valladolid: Diputación-Fundación Jorge Guillén, 2013. *Obra finalista del Premio de la Crítica de Castilla y León* en 2014.
- *De palabra*. Cáceres: Institución El Brocense, 2013.

Prosa

- *La puntada y el nudo -Diarios I-* (Segovia, 1993)
- *En el cuartel de invierno -Diarios II-* (Diputación provincial de Granada, Maillot amarillo, Granada, 1997)
- *Cuaderno de paso -Diarios III-* (La Tertulia de los martes, Segovia, 2000)
- *En la llama del fuego (El Extramundi y los papeles de Iria Flavia)*, 2001)
- *Horas Marinas -Diarios IV-* (Diputación provincial de Cádiz, Cádiz, 2005)
- *Carta de Cide Hamete Benengeli* (Campo de Agramante, Cádiz, 2005)
- *El 'bell angle': diez obras para un naufrago*, en *La biblioteca del naufrago IV*. Libro colectivo con textos de Gonzalo Calcedo, Óscar Esquivias, Pilar Mateos, José María Merino y Luis Javier Moreno. Junta de Castilla y León, 2010.

Traducciones

- Horacio: *Odas* (Antología). Barcelona: Plaza y Janés, 2000.
- Robert Lowell: *Día a día / Day by Day*. Madrid: Losada, 2003.
- Theodore Roethke: *Meditaciones y otros poemas*. Gijón: Trea, 2012.

Antologías

- *Poemas escogidos. Antología 1965-2005*. Antólogo: Gustavo Martín Garzo. Valladolid: Junta de Castilla y León, 2005.
- *Poesía en el Camino. Antología poética (2011-2014)*. Isaac Rilova (coordinador e introducción), Óscar Esquivias (prólogo). Burgos: *Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, Institución Fernán González*, 2015.



En su juventud, en el Alcázar segoviano.



Con su sobrina Cristina en 1978.



*En St. Louis con amigos americanos.
A la derecha, Laura Demaría.*



Con Ana Rossetti y una amiga.



Con Rafael Alberti y sus amigos gaditanos en Cádiz. 1988.



Con Francisco Brines y Angélica Tanarro. Segovia 1996.



Con Tomás Sánchez Santiago y Antonio Gamoneda, León, sobre el año 2000.



Con Óscar Esquivias, Rafa Eguílaz y el pintor Pepe Carazo en Ubierna (Burgos), 2012.

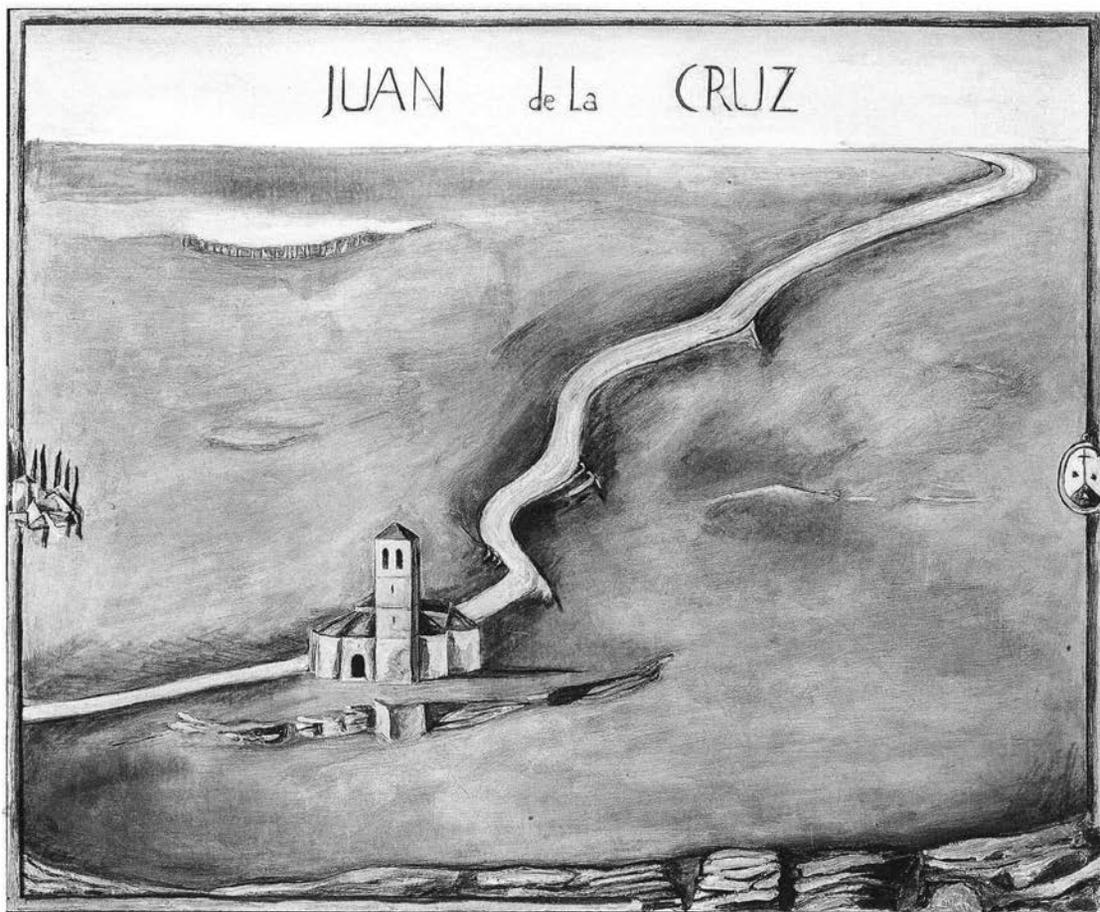


Con Elena y José Gutiérrez Román en Miraflores (Burgos) en otoño de 2014.



Con Jesús Fernández Palacios y José Ramón Ripoll. Segovia. Verano 2015.

JUAN de La CRUZ



A mis jamies, en recuerdo de las veces que física o espiritualmente bajamos a este misterioso lugar. Jesús de la Torre

Jesús de la Torre